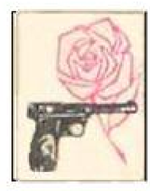


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Adiós espía

Miky Grogan, director del diario neoyorquino Morning News y por tanto jefe periodístico de Brigitte Montfort, está discutiendo con ésta la cuantía del salario anual que el diario ofrece a su mejor periodista. No se ponen de acuerdo, pues Grogan es un tacaño y por su parte Brigitte pide la Luna… Así están las cosas en el apartamento de Brigitte cuando en el salón aparece Peggy cargada con un hermoso ramo de rosas rojas, entre las cuales hay una muy especial: contiene un microfilme, del que la divina espía se hace cargo inmediatamente, pues sabe que éste es uno de los trucos que utiliza «tío Charlie» para enviarle instrucciones sobre la misión que le ha sido asignada…



Lou Carrigan

Adiós, espía

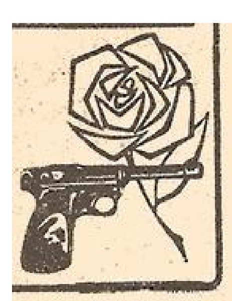
Brigitte en acción - 52

ePub r1.0
Titivillus 25.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Miky Grogan estaba encantado de la vida. Había almorzado como un rey, el café era auténtico de Arabia, la botella de coñac proclamaba a gritos su procedencia francesa, y el cigarro que tenía entre los dientes era de Cienfuegos, allá en Cuba. Si además de todo eso, tenía ante él a la más hermosa mujer del mundo…, ¿qué más demonios podía pedir un hombre en su sano juicio? Nada.

Absolutamente nada.

—Yo diría —sonrió Brigitte— que usted se siente satisfecho de la vida, querido jefe.

—Por completo… —admitió Grogan, suspirando—. No es frecuente que usted me invite a almorzar en su apartamento. Se está tan bien aquí, que por mi gusto no saldría jamás.

—Acabaría aburriéndose.

—¿De usted? —exclamó Grogan.

—Del apartamento —rió Brigitte—. Yo no soy mujer con la que un hombre pueda aburrirse, querido… Aunque ese hombre viva quinientos años. ¿No está de acuerdo?

—Hija de mi vida… ¿Cómo no voy a estar de acuerdo? —gimió el director del matutino neoyorquino Morning News—. Lo malo es que dudo mucho que un hombre resista quinientos años a su lado. Mmm… De todos modos, me gustaría probarlo.

—Usted es un sinvergüenza —amonestó Brigitte, risueña.

—Y usted es una diosa —aseguró enfáticamente Grogan.

Y se acercaba bastante a la realidad. Brigitte Montfort, veintiséis años, morena, ojos azules, piel blanca siempre dorada por el sol, elegante, sugestiva, inteligente, simpática… y espía internacional.

En verdad que no era mujer con la que un hombre en su sano juicio pudiese aburrirse. Y en aquellos momentos, con un vestidito ligero, color oro, de finos tirantes, mostrando los hombros, los brazos, y el dulce escote, resultaba más auténtica que el café árabe,

el coñac francés y el cigarro cubano. Una auténtica mujer que, si se lo proponía, podía hacer caminar a un hombre con los pies… hacia arriba.

—Sólo soy una mujer… ¡Pero qué mujer, querido jefe! —acabó riendo de nuevo la más bella y astuta espía del mundo.

—No me lo recuerde… —protestó Grogan—. Por favor se lo pido, Brigitte: ¡no me lo recuerde! Sea piadosa y recuerde que yo soy un hombre.

—Eso es una broma, supongo —volvió a reír la espía.

—¿Broma? Bien… Puedo demostrarlo en cualquier momento, linda.

—¡Qué arrojado y valiente es usted! ¿Le gustó el almuerzo?

—Soberbio.

—¿Estuvo de su gusto todo lo demás?

—Muy de mi gusto.

—¿Ha sido de su agrado el servicio de Peggy?

—Su doncella es magnífica.

—¿Se siente feliz y contento ahora por tenerme a su lado?

—Es que está muy lejos… —protestó Grogan.

Brigitte se levantó del silloncito y se sentó en el sofá, junto a Grogan, que empezó a morder el cigarro cubano con más fuerza. Un sutilísimo perfume se mezcló, por un instante, con el aroma del cigarro, y el resultado fue casi catastrófico para Miky Grogan, que puso los ojos en blanco y empezó a darse tirones de la corbata.

—¿Estoy lo bastante cerca ahora? —susurró la enloquecedora de hombres.

—Bueno… Supongo que no me hará caso si le digo que… que se acerque un poco más.

—Ningún caso, en efecto. Estamos lo bastante cerca uno del otro para que podamos oír las condiciones del nuevo contrato. Se acerca el año mil novecientos sesenta y siete y, como siempre ocurre, habrá que dar un vistazo a las condiciones en que Brigitte Montfort queda contratada por el Morning News… en exclusiva. Eso de la exclusiva vale mucho dinero, querido. Cualquier periódico del mundo me daría…

—¡Está bien, está bien…! Ya sabía yo que este almuerzo tenía que estropearse de un modo u otro. Además, no me gusta discutir de negocios con usted en su propio terreno… Prefiero hacerlo en mi

despacho.

—Pero yo prefiero hacerlo aquí, en la… intimidad. Y gracias a eso, usted ha disfrutado unas cuantas horas extras de mi deliciosa compañía… ¿Cuánto?

—Por Dios, Brigitte… ¡No sea tan… tan interesada!

—Querido mío, sin el dólar no existe la supervivencia. Y como resulta que a mí, además de supervivir, me gusta supervivir bien, quiero ganar mucho dinero. Hasta ahora, en el Morning News me han estado pagando cinco mil dólares mensuales… Es decir, lo justo para morirme de hambre si no fuese por esos pequeños… regalos de la CIA ¿Quién da más, señores?

—Seis mil —mascullό Grogan.

—Dan seis mil por el Morning News… —recitó graciosamente Brigitte—. ¿Hay quien dé ocho mil?

—¡Ocho mil! —chilló Grogan—. ¡Ni lo sueñe!

—Por supuesto que no —dijo fríamente la divina espía—. Ocho mil dólares mensuales engloban solamente la puja inicial. Mi propósito es llegar a los diez mil. ¿Hay quien…?

—¡Diez mil al mes! —Se puso en pie de un salto Grogan—. ¡Me voy de esta casa ahora mismo! Brigitte cogió con sus finos deditos una campanilla de plata y la agitó. Al instante, su preciosa y simpática doncella Peggy apareció en la puerta del saloncito azul.

—¿Ha llamado, señorita?

—Sí, Peggy: ¿quieres traer el sombrero y el gabán del señor Grogan? Parece que le ha entrado una gran prisa.

—Enseguida, señorita.

—No, no… Un momento… ¡Un momento, maldita sea! —farfulló Grogan, rojo de ira, congestionado—. ¡Diez mil dólares al mes es mucho dinero para el Morning News por mantener a un solo reportero…!

—Yo no soy un «solo» reportero. Soy Brigitte Montfort, señor Grogan. Conmigo, usted tiene en su periódico la flor y nata del periodismo mundial… Bueno, si exceptuamos a ese granula de Jerome Callaghan, de Miami, no va a encontrar nadie mejor que yo en todo el mundo… ¿Conoce a Jerome Callaghan?

Los ojillos astutos de Miky Grogan brillaron intensamente.

—De nombre, nada más… Y por fotografías. ¿Usted lo conoce personalmente?

—Pues, no… Pero todo llega en la vida. De todos modos, olvide eso de conseguir la firma de Callaghan para el Morning News. Malas lenguas aseguran que está trabajando «en exclusiva» para la World Press Agency… por quinientos mil dólares anuales. Yo sólo pido ciento veinte mil.

—No me diga que usted pretende compararse a Jerome Callaghan.

El ceño de Brigitte se frunció. Estuvo pensativa unos segundos, al cabo de los cuales movió negativamente la cabeza.

—Como periodista, no. Callaghan es un auténtico fuera de serie. Es de esos hombres que crean un mito en el periodismo. Como investigador privado, también es sensacional… Sólo hay que leer su columna «Aquí, Callaghan…» para comprenderlo… Pero él está fuera de su alcance y no es un espía ni un contraespía. Por tanto, ya que sólo se dedica a casos criminológicos, no podría ofrecerle a usted esos sensacionales artículos que yo consigo en todas las partes del mundo. Desde el color de las flores del Tíbet, hasta los tatuajes que lleva el más secreto espía de la MVD o del Servicio Secreto chino, esta humilde servidora se lo ha proporcionado todo, en artículos que han quintuplicado la venta del periódico. Teniendo en cuenta que los anunciantes tienen muy en cuenta la tirada del diario que…

—Está bien: ocho mil mensuales —cedió Grogan.

—No. Diez mil.

—¡No!

—Miky: le estoy pidiendo ciento veinte mil dólares anuales por seguir trabajando en exclusiva para el Morning News. Acepte o niegue. Pero si se va de aquí, no vuelva…, a menos que entonces esté dispuesto a conseguir de los accionistas del periódico que me paguen doscientos mil dólares al año. Tiene un minuto para pensarlo.

—¡No tengo nada que pensar! ¡La respuesta es NO!

—Entonces… Ve a ver quién llama, Peggy.

Se había oído la musiquilla del carillón que ocupaba el lugar de un timbre corriente en el apartamento. Peggy fue a abrir la puerta y Brigitte encendió un cigarrillo egipcio. Luego se quedó mirándose los finos tobillos, tan abstraída que parecía que Miky Grogan no estuviese allí.

Peggy reapareció antes de que hubiese pasado el minuto, mientras Grogan continuaba mirando enfurruñado a Brigitte y ésta parecía maravillada por tener tan preciosos tobillos.

—Rosas, señorita. Dos docenas.

—Oh… Vaya, ha sido usted muy amable, Miky. Aunque hayan llegado con un poco de retraso, le agradezco igualmente la…

—Yo no he enviado nada —gruñó Grogan.

—Ya me extrañaba… ¿De quién son, Peggy?

—La Floristería Charlie las envía. Sin tarjeta, sin explicación de ninguna clase… ¿Traigo la pantalla?

—Oh, sí… Tráelo todo, por favor. Dame las rosas.

Peggy entregó las rosas a Brigitte y salió del saloncito. La espía olió las flores y puso los ojos en blanco.

—¿No es un detalle delicado, jefe? —susurró—. No hay nada en el mundo que amanse tanto a una mujer como unas hermosas flores… O un hermoso collar de perlas, brillantes, o tonterías de esas. Pero collares tengo muchos, porque duran tiempo y tiempo… En cambio, las flores, precisamente porque se mustian pronto, es delicioso recibirlas a diario. Siempre iguales, pero siempre diferentes, siempre lozanas… ¿No está de acuerdo conmigo?

—Cien mil al año.

—Ciento veinte mil —sonrió Brigitte.

Había alzado el magnífico ramo de flores y las estaba mirando por debajo. Una de las rosas tenía una pequeña mancha amarilla. Y ésa fue la que Brigitte apartó del ramo. Dejó éste en el sofá y se quedó mirando la rosa roja. La olió, sonrió, y luego empezó a abrir sus pétalos delicadísimos, con aquellos finos deditos acariciantes.

—Los capullos son hermosos. Son como… una promesa de vida eterna. Pero, tarde o temprano, ellos se convierten en flor plena. Luego, poco a poco, mueren. Es una agonía triste la suya, porque ven con cuantísima rapidez van marchitándose los pétalos… Es triste, pero inevitable… Sin embargo, este capullo es… un poco especial.

Había terminado de separar los pétalos, dejando al descubierto una pequeña cápsula de metal que había estado escondida dentro del capullo de rosa. Lo sacó, dejó la flor a un lado y lo sostuvo entre el índice y el pulgar.

—Una cosa tan pequeña, de apenas media pulgada… ¡y la de

cosas interesantes que debe de contener!

—¿Qué… qué… qué es eso?

—Un microfilme. Obsequio especial de tío Charlie, que no debe de tener tiempo u oportunidad de venir aquí.

—¿Qué contiene ese microfilme?

—Todavía no lo sé. Pero Peggy vendrá enseguida con el proyector y la pantalla, y me enteraré muy pronto de todo. Buenas tardes, señor Grogan. Ya nos veremos cualquier día en cualquier sitio.

—¡Quiero ver eso!

—Temo que es confidencial. De la CIA, nada menos. Oh, no, no, querido…, ¡no puedo permitir que usted lo vea!

—Es un truco… Uno de sus sucios trucos de espía para engañarme, para convencerme de que debo pagar lo que usted pide…

—¡Qué mentalidad tan sucia y pobre la suya, querido…!

—Es un truco.

—Tiene razón… —suspiró Brigitte—. Es un truco. ¿Ciento veinte mil, Miky?

—Cien. Sólo cien mil.

—Yo misma le acompañaré a la puerta.

Se puso en pie, dejando caer, con aquella gracia tan personalísima, el microfilme por el agudo escote.

—Quiero ver ese microfilme…

—Es un truco que no ha podido engañarlo, querido. ¿Para qué ha de molestarse más?

Salió del saloncito, y Miky Grogan la siguió, cada vez más enfurruñado. Pareció a punto de decir algo cuando Brigitte le entregó su sombrero y su gabán, pero la sonrisita irónica de la espía lo contuvo No se iba a burlar de él, desde luego. Se puso el gabán y el sombrero y fue hacia la puerta.

La abrió, se volvió hacia Brigitte y dijo:

—Cien mil, Brigitte.

—Ciento cincuenta mil —sonrió la divina.

—¡Ciento cincuenta mil! ¡Pero antes ha dicho…!

—El precio ha subido. Cuando volvamos a vernos, Miky, usted dirá si está dispuesto a pagarme ciento cincuenta mil… o nada. Adiós, querido. ¿O quizás hasta nunca?

—¡Hasta nunca! —barbotó Grogan.

Salió bufando rabiosamente, cerrando la puerta con evidente descortesía. Brigitte dejó de sonreír, regresó al saloncito y se quedó mirando a Peggy, que estaba instalando la pequeña pantalla. Sobre el sofá estaba el pequeño proyector. Brigitte lo abrió, colocó dentro el microfilme que había recibido y señaló el gran ventanal. Peggy corrió las cortinas y todo quedó a oscuras, por un par de segundos, hasta que el chorro luminoso brotó del proyector.

Enseguida, la película. Era en colores. Primero mostraba a un hombre rubio, de anchas espaldas, vestido de blanco y con unos grandes lentes de sol, que se veían un instante, ya que el hombre aparecía de espaldas apenas dos segundos. Luego se veía el mar, un yate cuyo nombre era *Pacific*; unas gaviotas, el cielo azul… Después, un hombre como de cuarenta años, pelirrojo, con un formidable aspecto deportivo, sano, simpático su rostro lleno de pecas. Se le veía vestido de yachtman y después de esmoquin, junto a una piscina, sentado a una mesita con una rubia fantástica; luego, entrando en un coche sensacional. Después, saliendo de una villa blanca y roja, con flores… Después, se volvía a ver el yate. Enseguida, tres hombres de gesto poco amistoso. Uno de ellos era asombrosamente gordo y su aspecto no podía ser más bonachón y Pacifico. Le sobraba grasa por todas partes, y sus ojos claros se hundían en un montón de grasa facial, brillando astutamente. Los otros dos eran más bien corrientes; uno tenía una pequeña cicatriz en la nariz; el otro llevaba una barbita bastante tonta, de esas que parecen un collar pegado a las mandíbulas y la barbilla…

La película, además de ser en colores, era sonora. Y mientras duró su proyección, se escuchó la seca voz de míster Cavanagh, el jefe más alto que Brigitte conocía de la CIA, allá en Washington.

—Ésta es una película tomada por uno de nuestros agentes en Callao, Perú. Ese agente es el hombre rubio que ahora estamos viendo de espaldas y que lleva lentes de sol. Ahora, vemos el mar Bravo, en la parte sur de la Costa de Callao, cerca de La Punta. Un yate llamado *Pacific* y unas cuantas gaviotas recortadas contra el cielo azul… El hombre que vemos ahora, el deportista pelirrojo de unos cuarenta años, se hace llamar Maxwell Parrish, y es el propietario del yate Pacifi, que está flotando en aguas de Callao, Perú. Es un hombre interesante. E inteligente. Lo vemos primero

vestido de yachtman, tras un paseo marítimo efectuado en su propio yate. Luego, en la terraza del hotel Internacional, de Callao, con una rubia de turno que no tiene ninguna importancia. Éste es su coche, que utiliza pocas veces, ya que parece sentir predilección por el yate, por el mar… Y ésta es la villa que tiene alquilada en Callao, aunque, no sabemos por qué, prefiere estar alojado en el hotel Internacional, y ahí hace su vida… social. Está considerado como un hombre cordial, feliz, alegre, simpático. Aparentemente, no tiene preocupación de ninguna clase en la vida… Ahí tenemos de nuevo el yate. Y tres hombres… El más gordo se llama… Mejor dicho, responde al nombre de «Pudding»; parece que es el cocinero del yate llamado *Pacific*, y su aspecto no puede ser más pacifico y bonachón. Por tanto, habrá que tener cuidado especial con él. Hay otros dos tipos con él. El que tiene la cicatriz en la nariz se llama Hardy; eso es todo lo que sabemos. El de la barbita es Melvin. Los tres, al igual que el simpático pelirrojo llamado Maxwell Parrish, están viajando con pasaporte americano. Aparentemente, sus vidas discurren en la más absoluta calma y sosiego. Sin embargo, han sido puestos en cuarentena por nuestro agente de Perú, el hombre rubio de los lentes de sol, al cual, como es costumbre, usted conocerá por el nombre de Simón, a secas. Este microfilme ha sido enviado a «su tío Charlie» para que, a su vez, se lo envíe a usted. Cuando lo reciba, querrá decir que todo está arreglado, y que sólo tiene que hacer el equipaje, ir al aeropuerto, requerir el pasaje en avión que ya tendrá reservado, y volar a Lima. De allí, trasládese por sus propios medios a Callao, y alójese en el hotel Internacional, donde tiene reservada una suite con vistas al mar Bravo. Una vez en el hotel, póngase en contacto con Simón, el cual, además de instrucciones complementarias aclaratorias, le entregará una caja que contiene utensilios que consideramos puede necesitar en un momento dado… Nos permitimos indicarle que pase de nuevo la película y observe que el hombre llamado Maxwell Parrish está con una rubia. Son su única debilidad: las rubias. Aparte de eso, parece que no se le puede atacar de otra manera. Sin embargo, está comprobado que cada rubia le dura lo mismo que un cigarrillo, metafóricamente hablando. Póngase en camino inmediatamente. Éste es un mensaje destinado a Baby procedente del Servicio Central, y enviado por mediación de jefe N. Y. a destinataria. Final.

Por supuesto, la explicación duraba lo mismo que la película en colores. Brigitte la volvió a pasar, ahora a cámara lenta, examinando cuidadosamente todos los detalles. Y la volvió a pasar una tercera vez. No tenía una prisa especial en salir de viaje, y sí tenía, en cambio, mucho interés en hacer las cosas tan bien como siempre.

Apagó el proyector, encendió otro cigarrillo, en la oscuridad, y se volvió hacia Peggy cuando ésta descorrió las cortinas, y la luz paliducha del sol invernal entró en el saloncito.

—¿Se llevará a Cicero la señorita? —Peguntó Peggy.

—No, no… Ese pobre animalito lo pasa muy mal cuando lo meto en mis asuntos de espionaje, Peggy. Lo dejaremos tranquilamente en Nueva York. Prepara mis cosas. Voy a Perú.

—O sea, equipaje de verano.

—Por supuesto. Ah, Peggy: si no estoy de regreso para las Navidades, recuerda que Cicero se sentirá muy satisfecho si le das…

—Lo sé muy bien —sonrió Peggy—. Pero la señorita siempre vuelve.

—Hasta ahora —musitó Brigitte.

Ésa era la cuestión: hasta ahora. Solamente dos palabras, pronunciadas por una experta espía. Dos palabras que, para algunos, quizá no tuviesen mucho significado. Pero sí para ella… Para ella tenían mucho significado, porque sabía perfectamente que cualquier día…

Sí.

Eso era…

Y musitó, ya a solas:

—Cualquier día, no volveré.

Capítulo II

Ya instalada en el hotel Internacional, en La Punta, Brigitte Montfort decidió entrar inmediatamente en acción. La suite era grande, un poco antigua, pero acondicionada de modo que no se encontraba a faltar nada. Y tenía vistas al mar Bravo, en efecto. Desde el balcón podía verse, además, la zona de recreo del hotel, con dos piscinas, jardín y bar.

Naturalmente, el hotel era el más caro de Callao; un lugar exclusivamente para millonarios… o para agentes secretos en servicio.

La agente Baby se puso un bikini azul, del mismo color que sus ojos. Luego acabó de cubrirse con un albornoz, recogió su bolsito deportivo, se puso unos lentes de sol y salió de la suite. Tomó el ascensor que llevaba directamente a la zona de recreo y bajó. Cuando las puertas se abrieron, se encontró en un vestíbulo de fino mosaico negro, lleno de plantas por los lados. Una gran puerta-persiana, blanca y verde, llevaba a las piscinas que, por estar abierta casi todo el día, las dejaba ahora visibles para Brigitte. Había mucha gente nadando y tomando el sol. La mayoría estaban en las mesitas, tomando refrescos, bajo los listados parasoles… Al fondo, el mar Bravo, azul claro, casi de color gris y mostrando blancas manchas de pequeñas embarcaciones de vela.

Taconeando graciosamente con sus zapatos de suela y tacón de corcho, Brigitte Montfort salió a la zona de recreo, directa hacia una mesita vacía… Por supuesto, su paso despertó la expectación a que ya estaba acostumbrada; el corto albornoz dejaba al descubierto sus sensacionales piernas, y ningún hombre podía dejar de mirarlas.

Se sentó, abrió el bolsito deportivo, apretó el cigarrillo del paquete que contenía la radio de bolsillo y sacó uno de un paquete auténtico. Mientras lo encendía, musitó:

—¿Está usted ahí, Simón?

—Ahí, no; aquí.

—¿Cerca de mí?

—Desde luego. Pero no tanto como me gustaría… Cuidado: un camarero va hacia usted.

Brigitte alzó la cabeza y sonrió al camarero que estaba apenas a cuatro pasos de ella. El hombre llegó y se inclinó ligeramente.

—¿Desea tomar algo, señorita?

—Tónica con hielo, por favor. Mucho hielo. Y una gotita de ginebra holandesa.

—Sí, señorita.

El camarero se alejó. Brigitte pareció buscar algo en el bolsito, mientras oía de nuevo la voz de Simón:

—¿Qué tiene de malo el whisky?

—Que es un poco temprano para tomarlo. Bien: ¿quién de todos estos interesantes caballeros que me miran es usted?

—¿No vio la película?

—La vi.

—Entonces debería haberme identificado ya. Lo contrario puede hacerme sospechar que usted no es…

—Soy Baby, y usted recibió noticias de mi llegada. Pero yo le vi a usted de espaldas, en la película. Sólo sé que es rubio y atlético. Y que llevaba lentes de sol. ¿Okay?

—Okay. A su izquierda tiene un hombre como de cincuenta años, más bien gordito, algo calvo… ¿Lo ve?

—Sí.

—Luego verá un hombre sentado a una mesa. Está en slip, es alto, rubio, atlético, muy guapo, y con aspecto de ser muy inteligente. Y lo es, se lo aseguro. Lo sé muy bien, porque ese hombre soy yo.

Brigitte lo estaba viendo por el rabillo del ojo. Estaba sentado a una mesa, en efecto, con un vaso de whisky con hielo delante de sus brazos cruzados y apoyados en la mesa. La barbilla descansaba en los brazos y el rubio atleta parecía a punto de dormirse. Pero delante de él había dos paquetes de cigarrillos, uno de los cuales, por supuesto, era la radio por medio de la cual estaba comunicando. Como casi siempre le ocurría con el Simón de turno, le resultó simpático.

—Visto, Simón. ¿Y nuestro hombre, el tal Maxwell Parrish…?

—Tengo que marcharme ahora. Pasaré por delante de usted para que me vea bien y pueda ya identificarme en cualquier momento. Subiré a su suite, y mientras la espero allí con ciertos datos que han ingresado hace poco en mi carpeta, le seguiré dando instrucciones. Hasta luego, Baby.

Brigitte dejó la radio abierta y el bolsito abierto. Bebió un sorbito de tónica apenas el camarero la dejó ante ella, y sonrió complacida.

—Magnífico… Muchas gracias.

El hombre sonrió y se retiró. La espía se dedicó a mirar a un grupo de chicas y chicos que reían alegremente en la piscina grande, tirándose unos a otros una enorme pelota de plástico azul, blanco y rojo. Ah, la juventud… La más hermoso del mundo. Y ella tenía ya veintiséis años… Oh, no… ¡No! No tenía veintiséis, sino veintisiete… ¡Claro! Si había nacido en mil novecientos treinta y nueve, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, pues tenía veintisiete años… ya.

Bien… De todos modos, los había vivido plenamente, y se sentía contenta de las cosas que había hecho. Además, una mujer de veintisiete años, ni siquiera ha llegado a la plenitud. Plenitud que, según dicen los entendidos, se alcanza entre los treinta y los treinta y cinco. O sea, que ella era todavía una niña… Claro: una dulce niña de ojos azules a la que llamaban Baby…

Estaba todavía sonriendo para sí, pensando en esto, cuando oyó de nuevo la voz de Simón:

—Estoy en su suite. ¿Ha visto ya a Maxwell Parrish?

Brigitte se había acodado junto al bolsito, que había dejado tumbado sobre la mesita.

—Todavía no… ¡Ahora! Ya lo veo, Simón.

—¿La está mirando él a usted?

—No.

—Bueno, casi es natural, ya que sólo le gustan las rubias.

—¿Apuesta algo a que le hago cambiar de gustos?

—Inténtelo… —Oyó la risa de Simón—. Eso es precisamente lo que debe hacer. Tome contacto con Parrish, y si le es posible, no se despegue de él. Llevamos aquí cinco días, y el hombre parece estar de vacaciones. Tiene que hacer algo no tardando mucho, supongo; de modo que usted no va a perderlo de vista. Arrégleselas como

pueda.

—¿Usted no puede hacer nada? ¿Realmente necesitaba ayuda?

—Claro que sí. Por varios motivos. Uno, que temo que se han dado cuenta de que los estoy vigilando. Dos, que si insisto, o bien me matarán o se irán sin hacer lo que han venido a cumplir en Callao. Tres, que si me camuflo por unos días, quizás ellos se decidan por fin a hacer lo que sea. No se moverán mientras me vean cerca. Parece que Maxwell Parrish va a darse un baño ahora…

—¿Está usted en mi suite?

—Junto al balcón. La estoy viendo a usted. Y a él. No olvide que la estoy esperando, Baby. Me quedo aquí, viendo cómo se las arregla usted para tomar contacto con Maxwell Parrish. Suerte. ¿Qué clase de bañador usa usted? ¿Bikini o maillot?

—Bikini.

—¡Magnífico! Si se quita el albornoz, veremos si el resto de su cuerpo está en la misma línea de perfección que sus piernas. Son divinas. Tenga cuidado, Baby: ya sabe que no hay que fiarse de una cara simpática.

—Hasta luego, Simón. Ya me dirá qué le parecen mis piernas.

Brigitte se incorporó, como quien se encuentra tan a gusto que teme dormirse si no reacciona. Bebió otro sorbito de tónica, apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que había en la mesita y se quitó los lentes de sol. Los metió en el bolsito y aprovechó para cerrar la radio.

Estaba mirando al hombre pecoso y pelirrojo, que en aquel momento se lanzaba al agua desde el borde de la piscina, tras un breve pero perfecto «salto de la carpa». En verdad que parecía simpático y cordial. Y era fuerte, con un aire juvenil que no correspondía a sus cuarenta años. Claro que, a los cuarenta años, también un hombre puede dar mucho que hablar…

Se puso en pie, se quitó el albornoz y lo dejó en el respaldo de la sillita de colores. Inmediatamente había notado los impactos de cien miradas sobre su cuerpo. Normal y corriente, porque cuando una mujer posee sus condiciones físicas, ya sabe que eso tiene que ocurrir en cualquier momento que se muestre con bikini. Se quitó los zapatitos, con aquella gracia inimitable de delicados movimientos, y caminó hacia la piscina, notando fijas en ella aquellas cien miradas. Su vanidad era casi siempre más bien una

broma que se gastaba a sí misma, pero, realmente, no había en toda la zona de recreo una sola mujer que pudiese compararse a ella. Más bien delgada, pero bien proporcionada, delgadísima la cintura, perfectas las elegantes y firmes piernas… Y con aquel tono dorado que el sol de los cinco continentes daba a su piel, Brigitte Montfort era la representación de la gracia y la belleza.

Estuvo sólo un segundo en el borde de la piscina. Se alzó de pronto, ágilmente, como si fuese a volar con absoluta facilidad, dobló el cuerpo arriba y lo enderezó inmediatamente, para sumergirse en el agua casi en silencio, sin chapoteos, con toda perfección.

Y como había calculado perfectamente el salto, la profundidad que alcanzaría y la distancia que recorrería con el impulso de la entrada en el agua, chocó con alguien bajo ésta.

Naturalmente: con el pelirrojo llamado Maxwell Parrish; que se desplazaba entre dos aguas con toda tranquilidad.

Hubo un instante de confusión bajo el agua, entre los dos nadadores. Pero ambos eran expertos, y la cuestión se arregló muy pronto tras la brevísima confusión. El hombre asió de un brazo a Brigitte y los dos subieron a la superficie.

—¿Está usted bien? —jadeó el pelirrojo, apenas salir.

Brigitte tomó aire cómicamente, se tocó la cabeza con la mano libre y luego frunció graciosamente la boquita.

—¿Tengo la cabeza entera?

—Parece que sí —sonrió el pelirrojo.

—Pues yo juraría que no… Espero no haberle lastimado mucho, señor. Salté y…

—Es fácil que esto pase cuando la piscina está tan concurrida. ¿Puedo ayudarla a llegar a la escalerilla?

—No, no… Es usted muy amable. Le ruego que me perdone…

—No tiene importancia. ¿Se va?

—Creo que me conviene tomarme con calma esto del baño… Iré a mi mesa unos minutos. Gracias de nuevo… y perdone.

Maxwell Parrish le había soltado el brazo y ella nadó hacia la escalerilla. Sabía que Parrish la estaría mirando desde el centro de la piscina y se dijo que si aquel hombre no acudía junto a ella cuando la viese «al natural», las cosas se pondrían difíciles.

Se asió a la escalerilla, dio un tirón y sacó el cuerpo del agua

casi completamente. Luego subió los dos peldaños de tubo metálico, y quedó en el mosaico, echando hacia atrás los mojados cabellos, mirando de reojo un instante a Maxwell Parrish, y comprobando que, en efecto, él la estaba mirando… Con toda seguridad que estaba ya cambiando de opinión respecto a la exclusividad de belleza en las rubias. Prescindiendo de él, Brigitte fue a su mesa, se puso el albornoz, se sentó y abrió el bolsito; sacó el peine de carey, ordenó graciosamente sus cabellos y se puso la cinta de espuma para sujetarlos…

Cuando volvió a mirar de reojo hacia la piscina, Maxwell Parrish estaba nadando hacia la escalerilla del otro extremo. Lo vio salir y alejarse, hacia una mesa en la cual había otro hombre. Se pusieron a hablar…

Decepcionada, y no poco incrédula, Brigitte se sumió en las meditaciones que requerían su fracaso de toma de contacto. Bien: tendría que esperar otra ocasión, naturalmente. Quizás a la hora del almuerzo, o a la de la cena, pudiese cambiar unas palabras simpáticas con el pelirrojo… Le preguntaría si estaba bien, le pediría perdón de nuevo, diría que había sido muy torpe…

—¿La molesto si me siento?

Alzó la cabeza, en verdad sorprendida. Se había abstraído demasiado en sus proyectos, en sus planes para la próxima toma de contacto. Y no eran necesarios, porque allá tenía a Maxwell Parrish, envuelto en un bonito albornoz listado de negro y amarillo, casi peinado, con un cigarrillo en una mano.

—Oh… Es usted…

—¿Puedo sentarme? —sonrió él.

—Pues… Oh, sí, por supuesto… Precisamente estaba pensando en buscarlo luego para pedirle disculpas… Creo que estaba un poco nerviosa, en el agua.

Parrish se sentó, se la quedó mirando amablemente, con una expresión muy simpática, y de pronto soltó una alegre carcajada.

—Me alegro de nuestro choque submarino —aseguró.

—¿Se alegra…?

—Yo, sí. ¿Está bien su cabeza?

—¿Y su espalda…?

—¡Bien! —volvió a reír él.

—También mi cabeza está bien —sonrió Brigitte.

—Magnífico… ¿Qué tal si lo celebramos?

—¿Celebrarlo? ¿Cómo?

—No sé… De cualquier manera. Yo creo que todo lo bueno debe ser celebrado.

—¿Es bueno darse un golpe bajo el agua?

—Ah, no… Eso, no. Pero sí es bueno que dos personas simpáticas se conozcan. Emmm… Bueno, al menos usted me parece simpática a mí.

Brigitte alzó las cejas, como asombrada. De pronto sonrió y admitió:

—Usted también es simpático, señor.

—Gracias mil. Me llamo Maxwell Parrish. Norteamericano. Como usted, según me parece.

—Oh, sí… Norteamericana, sí…

—Entonces…, ¿por qué estamos hablando en español?

—No sé… Será porque estamos en un país cuyo idioma es ése…

Maxwell Parrish volvió a reír.

—¡No se me había ocurrido! Esto… ¿No puedo saber su nombre?

—Oh, sí, sí… Brigitte Montfort.

—¿Brigitte Montfort? Bueno, el nombre no parece muy yanqui… ¿Verdad?

—Es una historia un poco larga de contar, señor Parrish. Y no me parece correcto hacerle perder su tiempo. Su amabilidad…

—¡Pero si precisamente lo que a mí me sobra es tiempo! ¿Y a usted?

—Pues… también —Brigitte sonrió—. También a mí me sobra algo de tiempo, señor Parrish.

—Ah… Formidable, formidable. Y puesto que a los dos nos sobra tiempo y nuestra simpatía es recíproca…, ¿qué tal si almorzamos juntos, señorita Montfort? Bueno, quizá me he precipitado… Seguramente usted está con alguien en el hotel, claro…

—Estoy sola.

—¡Bien! Entonces…, ¿acepta?

—Señor Parrish: usted ataca a velocidad de vértigo. Casi no me da tiempo a pensar mis respuestas…

—¿Le gustaría comer ostras y beber un buen vino italiano, blanco y transparente como los rayos del sol?

—Los rayos del sol no son blancos —rió Brigitte.

—Tampoco el vino: es dorado, diáfano… Italiano, de verdad.

—¿Las ostras también son italianas?

—No. Las otras son… —Maxwell Parrish se echó a reír de nuevo —. ¡No son italianas, claro que no!

Son de las Hawai… ¿No es una estupenda mezcla para un magnífico aperitivo?

—Creí que me había invitado a almorzar…

—¡También! Oh, vamos, no puede decirme que no, después de demostrarme que una bella mujer puede ser irresistiblemente simpática.

—No he dicho que no, señor Parrish: acepto encantada. Podemos encontrarnos en el bar dentro de…

—¿En el bar? ¿Y qué hago con mi yate?

—¿Con qué?

—Con mi yate. Oh, no crea que lo digo para impresionarla, pero ya ve. —Encogió los hombros—. Tengo un yate. Allá están las ostras, el vino italiano…

—¿Y dónde está el yate? —musitó Brigitte, aparentemente en guardia.

—¡En el mar! —rió Parrish—. En el embarcadero del hotel, a poca distancia de aquí, naturalmente. Su nombre es *Pacific*… Y, por favor, ¡no me diga que está recelando algo malo por mi parte! Usted parece una mujer de mundo, una persona segura de sí misma, una…

—Basta, señor Parrish —rió también Brigitte—. Acepto visitar su yate. Sólo que…

—¿Sí?

—Quisiera dejar bien claro que no soy… una conquista fácil de deslumbrar. Soy… simpática, me gusta la gente que también lo es… Pero eso es todo. No sé si me entiende, señor Parrish.

Maxwell Parrish quedó repentinamente serio.

—Por supuesto que la entiendo. Y mi invitación sigue en pie, señorita Montfort. De todos modos, si usted cree que soy muy… precipitado, esperaré unos días, hasta que usted me conozca mejor.

—No sería una mala idea… ¿Cuántos días estaría dispuesto a esperar? —sonrió Baby.

—Todos.

—¿Todos?

—Todos los días que queden de vida al mundo.

Brigitte se quedó mirándolo como quien está gratamente sorprendida. Parpadeó y movió afirmativamente la cabeza.

—No será necesario esperar tanto tiempo, señor Parrish. Para ser sincera con usted, me estaba preguntando qué podría hacer durante mi estancia en Callao. Parece que usted ha solucionado las dudas de mi primer día.

—Mmm… Si me lo permite, le solucionaré también las dudas de los demás días… ¿Qué le parece?

—Puede que resulte encantador. ¿Ha dicho que su yate se llama *Atlantic*?

—*Pacific*.

—Oh… Bueno, es tan parecido… Imagino que me concederá usted unos minutos para ponerme unas ropas más adecuadas.

—Lo haremos mucho mejor: la espero en el yate dentro de una hora. Así tendré tiempo de disponerlo todo… Pondré el vino en el refrigerador, ordenaré el almuerzo y exigiré que cada ostra tenga una perla para usted.

Brigitte se puso en pie, sonriendo. Recogió sus cosas y tendió la manita a Parrish.

—Hasta luego, señor Parrish.

—Espero que no se olvide de mí…

Brigitte volvió a sonreír, dio la vuelta y se alejó. Bien: no había sido tan difícil como temiera…

Había sido fácil. Facilísimo. Tanto, que estaba más bien molesta, intranquila. Evidentemente, una mujer hermosa como ella podía tentar a cualquier hombre a… aprovechar la ocasión de haberla conocido. Pero, realmente, Maxwell Parrish resultaba demasiado simpático.

Capítulo III

Entró en la suite, cerró la puerta y se acercó al balcón, junto al cual estaba Simón, con unos pequeños prismáticos enfocados hacia la zona de recreo. No se volvió al oír sus pasos. Simplemente, le tendió los prismáticos y él continuó mirando a simple vista.

—Vea a su hombre, Baby. Está hablando con su compañero de mesa todavía. ¿Han de encontrarse, quizá?

—Dentro de una hora.

—Buen trabajo. ¿En el yate?

—Sí… ¿Quién es el otro, el que está con él?

Brigitte miraba con los prismáticos y Simón, fruncido el ceño, estaba ahora pensativo, mirando hacia el cielo azul.

—No lo sé. Pero lo sabré pronto. Mientras usted se dedica a embaucar a Maxwell Parrish, yo veré de enterarme de todo lo que concierna al otro. Es un personaje interesante. Igual que el gimnasta.

—¿El gimnasta?

—Mueva los prismáticos hacia su derecha. Eso es… Ahora ya no está viendo al hombre de cabellos canos y lentes de montura al aire que parece amigo de Maxwell Parrish. ¿A quién ve?

—Al gimnasta —sonrió Brigitte—: es inconfundible. Un hombre de unos treinta y cinco años, que parece alto y flexible. Hombros muy anchos, cuello bien musculado, fuertes brazos con estupendos músculos… Lleva un jersey negro, de hilo, sin cuello, y unos shorts que no puedo ver muy bien, porque los tapa la mesa… ¿Son… blancos?

—Con rayitas amarillas muy delgadas.

—Es un gran tipo de hombre, ¿no es así. Simón? Perfil duro, ojos oscuros, muy separados, lo cual demuestra inteligencia. Un mentón de luchador, manos grandes y recias, expresión seria, muy bronceado… Vaya: ¿no podría presentármelo?

—Quizá lo haga pronto. ¿Qué profesión le calcularía usted a ese hombre tan… virilmente guapo?

—¿Espía? —musitó Brigitte.

—¿Por qué no? —deslizó Simón—. Lo cierto es que lo he visto ya dos veces: las mismas que al otro, al que está con Parrish.

—¿Cree usted que el gimnasta está siguiendo o vigilando al hombre de los cabellos grises y lentes de montura al aire?

—Lo juraría.

—¿Y se ha dado cuenta el otro?

—No lo creo. Ese gimnasta es muy… fino. Hace falta una gran veteranía en el espionaje para darse cuenta de que nos siguen. El hombre que está con Parrish, desde luego, no se ha dado cuenta.

—Entonces, tenemos que ese hombre no es un espía. Por tanto, podemos pensar que Parrish tampoco lo es. Y en tal caso…, ¿qué es lo que estoy haciendo yo aquí, Simón?

—Lo mismo que el gimnasta-espía: vigilar a quien le han señalado. Usted vigila a Parrish. El gimnasta vigila al de los cabellos grises y lentes de montura al aire. La cosa es más seria de lo que usted cree.

—¿Pero no es espionaje?

—Es una de las muchas variaciones del espionaje: podemos llamarlo sabotaje, o subversión. Déjeme mirar a mí ahora, y vea lo que contiene el sobre que hay en la mesita de centro.

Brigitte devolvió los prismáticos a Simón y fue hacia la mesita. Estaba abriendo la solapa del sobre cuando Simón avisó:

—Parrish se aleja hacia el embarcadero. El otro se queda, por el momento. El gimnasta sigue en su sitio, mirando a todos lados menos a su hombre, aparentemente. Es un espía muy fino, Baby, se lo aseguro. Posiblemente soviético.

Brigitte había abierto ya el sobre, fruncido el ceño ante la posibilidad de que el hermoso gimnasta fuese un agente de la MVD.

¿Qué podía hacer allí un espía ruso? La respuesta casi le hizo sonreír, por simple: lo mismo que podía hacer un espía yanqui.

Del sobre sacó unas fotografías, que le hicieron fruncir el ceño nuevamente.

—¿Qué es esto, Simón?

—¿No lo sabe?

—Bueno… Parecen bonos del Gobierno de USA, ¿no?

—Esta madrugada he estado en el yate de Parrish. Sabía que él estaba durmiendo en el hotel, y que «Pudding» y Melvin tampoco estaban. Sólo quedaba allá el llamado Hardy. Abordé el yate…

—Eso fue una imprudencia. No conviene que ellos…

—Hardy estaba durmiendo; además, tiré en las cabinas una ampolla del gas OG-34, de modo que me aseguré de que tendría un sueño profundo y tranquilo durante una hora, por lo menos. Durante sesenta minutos, Hardy no podía despertarse de ninguna manera. Y cuando lo hiciese, ni siquiera sabría que había sido gaseado durante su sueño normal.

—Conozco ese gas, aunque nunca lo he utilizado… ¿Qué pasó?

—Hacía días que tenía ganas de echarle un vistazo al yate. De modo que cuando por fin pude hacerlo, lo hice a fondo. Encontré una caja fuerte, en un pequeño despacho que hay allí.

—¿Pudo abrirla?

—Desde luego. Empezó a sonar una alarma especial. Unos silbidos agudos, espaciados rítmicamente. Y aunque Hardy dormía, la desconecté… Y volví a conectarla antes de marcharme. Para entonces, había obtenido ya esas fotografías que usted está contemplando… Venga aquí, Baby.

Brigitte acudió prestamente junto al balcón y tomó los prismáticos que le entregaba Simón. Los enfocó hacia el gimnasta y lo vio sentado, impávido, serio como una piedra. Cuando miró hacia la mesita bajo cuyo parasol habían estado Maxwell Parrish y su acompañante de los cabellos grises y lentes de montura al aire, estaba vacía. No había nadie allí.

—El hombre de los lentes se ha marchado hace unos segundos. En dirección a la entrada trasera del hotel, es decir, hacia el ascensor que da a las piscinas. De eso hace diez o doce segundos. Le apuesto lo que quiera a que el gimnasta no tarda ni cinco segundos en…

—Ya se pone en pie… —cortó Brigitte—. Parece que tiene usted razón, Simón. Lo está siguiendo, lo vigila estrechísimamente. Es muy arriesgado hacerlo así, pero ese gimnasta lo hace. Parece como si no temiera ser descubierto. Eso implica mucha audacia, mucha seguridad en sí mismo…

—O saberse bien respaldado. Demonios, me gustaría saber si el gimnasta ese es ruso o qué otra cosa.

—Averígüelo en cuanto pueda… Ya no lo puedo ver —bajó los prismáticos—. Bien: siga con su relato, Simón.

Éste echó todavía un vistazo, pero, en efecto, el gimnasta ya no podía ser visto, por haber salido del ángulo visual existente entre el balcón y la fachada posterior del hotel.

—Esas fotos han sido tomadas con microcámara, naturalmente. Las revelé y amplié esta misma mañana. Hay fotos de documentos, de dinero, de una pistola, unas llaves… Y, efectivamente, unas estupendas fotos de unos bonos del Gobierno norteamericano. Eran falsos.

—¿Los bonos? —exclamó Brigitte.

—Ajá. Lo demás, no tenía ninguna importancia. Ni siquiera la pistola. Es corriente tener una. Todo normal: la pistola, el dinero, los documentos del yate y algunos personales de Maxwell Parrish, facturas, llaves… Todo normal. Pero ese bono que usted ve fotografiado, es falso.

—¿Está seguro?

—Estuve en el Departamento del Tesoro durante tres años, antes de recibir una propuesta de la CIA. Fui lo que se llama un *T-man*[1]. Luego me gusto más la CIA y aquí me tiene. Pero le aseguro que nadie va a poder engañarme a mí en eso de los bonos.

—¿Podrían engañarme a mí? —susurró Brigitte.

—A usted y a cualquiera que no sea un experto. Si yo no hubiese sido antes un *T-man* no habría sabido que el bono es falso.

—Entiendo… —Brigitte se mordió los labios—. ¿Había más como éste?

—No. Estaba muy dobladito, metido en una funda de plástico, en el fondo de la caja…, detrás de un delgado tabique secreto. Podemos considerar que ese bono es… una muestra. Si alguien vende relojes, pues lleva un reloj de muestra, ¿no? Bien: Maxwell Parrish lleva un bono del Gobierno de Estados Unidos. ¿Qué opina usted?

—No sé… Esto es muy grave, Simón. ¿Cree que Parrish se dedica a vender bonos falsos de nuestro Gobierno?

—Más o menos. No creo que los imprima para empapelar su yate.

Brigitte estuvo pensativa durante casi un minuto, fumando lentamente. Aquél era un feo asunto, si continuaba adelante…

—¿Por qué sospechó de Parrish, Simón? —preguntó de pronto.

—Llegó hace cinco días. Y apenas hacerlo, se entrevistó con un hombre al que yo estaba vigilando, acompañado de otro agente de la CIA Un elemento poco de fiar, que había estado intentando en Lima organizar grupos comunistas hace un par de años. Luego, de pronto, desapareció… Y cuando reapareció, mi compañero y yo decidimos vigilarlo estrechamente. Parecía completamente olvidado de sus anteriores intenciones y llevaba una vida tranquila, normal. De pronto, llega Parrish, y él viene a verlo a Callao. Se entrevistan en el yate. Luego, nuestro hombre toma pasaje en avión a Nueva Orleans. Y se va. Mi compañero viaja con él en el mismo avión y supongo que ahora lo está vigilando en Nueva Orleans o donde sea, tras avisar a la CIA en Washington y haber recibido respaldo y compañía.

—Y usted se queda en Callao vigilando a Parrish. Pero durante los cinco días que van transcurridos, no ha hecho nada, no ha visto a nadie más…

—Excepto, de momento, al hombre de los lentes. Pero eso fue ayer, por primera vez. No sé ni siquiera cómo se llama ese hombre, ni el gimnasta, porque no he podido ocuparme de ellos. Ahora que está usted aquí, le traspaso a Parrish y me ocuparé de enterarme bien de las personalidades que esos dos hombres tienen en Perú. Seguro que están con nombres falsos. En fin, ya veremos. ¿Quedamos de acuerdo en esto?

—Sí, sí Yo me ocuparé de Parrish. Usted entérese de todo lo que pueda sobre el gimnasta y el hombre de los lentes. Y páseme aviso en cuanto sepa algo. Supongo que su compañero, el que voló con el otro sospechoso a Nueva Orleans, puede ponerse en contacto con usted.

Simón movió afirmativamente la cabeza.

—Si no me ha dicho nada, es que nada ha ocurrido. Parece que el hombre que voló a Nueva Orleans está tan inactivo como el mismo Parrish.

—¿Cree que pueda estar buscando el modo de colocar bonos falsos en Estados Unidos?

—Naturalmente —gruñó Simón. Brigitte sonrió secamente.

—Bien… —murmuró—. Parece que tendremos que impedirles a estos señores que sigan adelante con su negocio, Simón. ¿No le

parece?

—Lo intentaremos. Me pregunto si pretenden colocarlos también en Suramérica.

—¿En Suramérica? ¿Quién los compraría? No creo que puedan engañar a ningún Gobierno suramericano.

—Yo tampoco creo eso, porque todos tendrán sus expertos. Además, esas cosas no se hacen tan… fácilmente. En Estados Unidos, es posible que tengan una red de distribución entre ciudadanos particulares. No sé. Quizás agentes de Bolsa… Es allí donde está el peligro auténtico. Sería catastrófico que en Estados Unidos empezasen a aparecer bonos del Gobierno falsos… Cundiría el pánico, porque todos podrían creer que los suyos también eran falsos, querrían canjearlos… Un desastre, Baby.

—Y de los grandes. Ese hombre…, el gimnasta: supongamos que es ruso.

—Me enteraré. Lo voy a investigar bien.

—Perfecto. Ahora, veamos esa caja que usted… ¿De qué se ríe? Simón sólo sonreía, amablemente.

—Nadie diría que es usted tan fría, Baby.

—Sólo cuando es necesario —sonrió la espía—: no me gustan esta clase de maniobras contra mi patria. Parece que esta caja pesa mucho…

—Dieciséis libras exactamente. Déjeme a mí.

Simón la colocó en la mesita y la abrió. De ella sacó un maletín de piel negra. Lo abrió y señaló el artefacto: parecía una pistola gigante.

—¿Qué es?

—Lo que parece: una pistola. Generalmente, los espías residentes en el extranjero la tenemos escondida, desde que nos fue concedida como dotación, hace apenas cinco meses. Solamente nos acordamos de ella cuando tenemos un objetivo grande, que pueda requerir la explosión de los dos pequeños torpedos que puede disparar en otros tantos segundos.

—¿Un objetivo grande? ¿Un yate, quizá?

—O una instalación de maquinaria para imprimir bonos falsos.

—Entiendo… ¿Por qué me la entrega a mí?

—Porque temo que me voy a ver en apuros. Es esa vaga impresión de que…

—La conozco. Y hágame caso, Simón: si tiene la impresión de que lo han descubierto, márchese. Tome el primer avión a Washington y exponga el caso.

—¿Qué pasará con usted si la dejo sola?

—Sabré salir del paso, no se preocupe. No me gusta que maten a mi Simón. Es algo que me saca de quicio… Y le aseguro que tengo muy buenos nervios.

—Eso es muy agradable para mí, Baby. No crea que tengo miedo, se lo aseguro. Pero…

—Por Dios, Simón, todos tenemos miedo alguna vez. Y aunque no lo tengamos, no podemos comprometer el trabajo que tenemos en marcha. Además, si continúa vivo, podrá seguir trabajando. Si muere, todo irá mal. Y ya no haría ningún trabajo más. Regrese a casa.

Simón vaciló visiblemente.

—No voy a dejarla sola, todavía. Esperaré veinticuatro horas. Le proporcionaré los datos sobre esos dos hombres, el gimnasta y el de los lentes… Además, así tendré ocasión de asegurarme respecto a si me han descubierto ya o no. Si continúo temiendo que sí, llamaré a Washington y pediré un agente para que la respalde a usted.

—¿Y se marchará enseguida?

—De acuerdo: me iré apenas hecho eso. Volvamos a esta… pistola. Este botón, es el de disparo. Pero antes tiene que apretar este otro, que es el seguro. Antes de disparar, deberá colocar el cañón con la boca hacia el suelo, y recoger uno de los dos torpedos. El que quedará dentro estará listo para ser disparado. Y cuando lo haya hecho, coloque tranquilamente el otro, vuelva a apretar el botón y saldrá el torpedo.

—Son unos torpedos muy pequeños…

—Pero capaces de hundir algo más que un yate. Su poder explosivo es tremendo…, según dicen. Todavía no lo hemos tenido que utilizar.

—Lo guardaré en el armario. Espero que nadie venga a curiosear.

—Sería peor para él. Si el maletín se abre con otra cosa que no sea esta llave, habrá una explosión de gas que provoca un desvanecimiento instantáneo y que dura más de seis horas. Es casi mortal. Desde luego, una persona cuyo corazón tenga la más

pequeña deficiencia, no podría resistir el gas. ¿Comprendido?

—Claro. Bien… Lo tendré todo en cuenta, Simón. Ahora, voy a cambiarme: estoy invitada a comer ostras, con vino italiano.

—Que aprovechen… —sonrió Simón, dirigiéndose hacia la puerta—. Ya le diré algo sobre esos dos hombres.

—Primero, su seguridad. Simón: no lo olvide.

—Me gusta la vida. Hasta la vista, Baby.

—Hasta la vista, espía rubio.

Simón abrió la puerta, sonriendo. Echó un rapidísimo vistazo al pasillo, se volvió hacia Brigitte haciendo con el dedo pulgar y el índice el gesto del okay, y salió.

Brigitte quedó pensativa unos segundos, preocupada. Pero con esa actitud no conseguía nada, y ella era demasiado inteligente para perder el tiempo en cábalas. Guardó el maletín en el armario, escondió la pequeña llave, echó un vistazo a su maletín, para asegurarse de que no había allí dentro manos extrañas, y se quitó el bikini. Se duchó rápidamente, con agua fría, y arregló sus cabellos y el maquillaje ligerísimo de sus ojos inmensos e inmensamente azules. Eso fue todo.

Salió al dormitorio y estuvo vacilando de nuevo, mirando su pistolita de cachas de madreperla. ¿La llevaba o no? Si la llevaba, tendría que ponerse falda, o pantalones largos… Decidió que no. Se puso unos shorts de color rosa, con florecitas negras y amarillas, y un jersey blanco, sin mangas, muy escotado. Los zapatitos. Una nueva mirada al espejo…

—Sí… —musitó—. En esta clase de juego entra la muerte… Mala suerte para quien le toque.

Capítulo IV

El yate era blanco, y las letras, de color dorado, como de oro. Estaban clavadas en la proa, a ambos lados. Y de la punta de la proa salía una pasarela que llevaba al barco. Una pasarela blanca, con cuerdas sólidas, nuevas, bien anudadas. Y en la misma proa estaba el hombre de la barbita, el que según la película en colores enviada por Simón se llamaba Melvin. Melvin, y eso era todo.

Se quedó mirando a Brigitte, expectante, al principio. Pero Maxwell Parrish debía de haberla descrito muy bien, porque Melvin no tardó en expresar el reconocimiento en sus astutos ojos. Una mujer como Brigitte Montfort ciertamente, era fácil de describir. Bastaba con decir que era la mujer más hermosa que pudiera aparecer en el embarcadero y cualquiera tenía que darse por enterado.

—¿Señorita Montfort? —preguntó el de la barba, desde el yate.

—Sí…

—Suba, por favor: el señor Parrish la está esperando.

Brigitte sonrió de aquel modo tan ingenuo que a tantos hombres había engañado, y recorrió la pasarela, hacia el yate. Apenas en cubierta, vio a Parrish, saliendo de las cabinas, y corriendo inmediatamente hacia ella. Había otros dos hombres a bordo, además de Parrish y el de la barbita. Uno de ellos tenía una pequeña cicatriz en la nariz y entre eso y la película que Brigitte había visto, no le costó lo más mínimo identificarlo como Hardy. El otro era el más inconfundible de todos. Gordo como un melón en posición vertical, de color sonrosado, ojillos astutos, faz bonachona. Llevaba un mandil blanco y parecía que había salido a cubierta para respirar con desahogo, porque su enorme pecho y vientre se agitaban con fuerte resuello. Aquél, sin duda, era el llamado «Pudding». En verdad que parecía un pastel… Un enorme pastel asqueroso a pesar de su sonrisa, de sus sonrosadas mejillas, de sus

manos regordetas, de su aspecto Pacifico…

Media docena de gaviotas pasaron por encima del yate, blanco el vientre… ¿Por qué le gustaban tanto las gaviotas…?

—¡Bien venida, señorita Montfort! —exclamó Parrish—. ¡Todo está preparado!

Brigitte sonrió tímidamente.

—¿Me he retrasado?

—No, no… Es usted puntual como el sol: aparece cuando tiene que aparecer. Podéis marcharos. La última frase iba dirigida a los tres hombres, que asintieron con la cabeza. Brigitte miró con gracioso gesto de desconfianza a Maxwell Parrish.

—¿Vamos a quedarnos solos?

—¿Le importa? Pensé que le gustaría un paseo en yate…

—He dado ya demasiados paseos en yate, señor Parrish… ¿Son su tripulación?

—¿Eh…? Oh, sí, ciertamente. Ellos son un poco… especiales. Pero, por el modo en que la están mirando, sé que merece usted su aprobación. Vea: éste es «Pudding»; naturalmente, no es su nombre correcto, pero se enfada si lo llaman de otro modo. Tiene a gala ser gordo, fuerte y sano como una montaña. En general, es simpático…

—¿En general?

—Bueno… Es capaz de aplastar con su barriga a quien diga que sus comidas no son buenas. Ése es su punto… flaco.

Parrish se echó a reír y Brigitte le imitó, tendiendo su manita al gordinflón.

—¿Cómo está, «Pudding»?

—Engordando de placer —aseguró el gordinflas.

—Éste es Melvin… —rió de nuevo Parrish, señalando al de la barbita—. Es serio como un muerto, pero buen chico.

Brigitte tendió también la mano a Melvin, que la estrechó brevemente, con gesto un tanto brusco.

—Y éste es Hardy… Es un término medio entre el excesivo buen humor de «Pudding» y el mal carácter que a veces tiene Melvin.

—Encantado —sonrió Hardy.

Brigitte notó aquellos dedos fríos y ásperos en su mano, pero sonreía. Sonreía muy dulcemente, como si estuviese encantada de la vida. Sin embargo, estaba comprendiendo bastante bien el carácter y las posibilidades de cada uno de aquellos hombres. A su juicio,

«Pudding» podía ser cruel como un monstruo en un momento determinado; quizás, incluso un poco sádico, a pesar de su triple papada, su sonrisa y su tez sonrosada. Efectivamente, y tal como había indicado míster Cavanagh en la banda sonora de la película en colores, habría que tener mucho cuidado con él. Melvin era mucho más diáfano; parecía áspero, rudo, propenso a explosiones de mal genio. Pero eso le definía muy bien, no engañaba a nadie y uno podía saber siempre a qué tenerse respecto a él. Hardy era un término medio, en efecto. Lo mismo podía ser bueno que malo como una víbora. Pero su aspecto, al contrario que el de «Pudding», no pretendía engañar a nadie… Quien lo mirase podía saber que aquél era un hombre más bien normal, capaz de hacer cosas buenas y cosas malas, según le conviniese. Es decir: como todo el mundo.

—Bueno, muchachos, la señorita Montfort ya os ha conocido. Así que ahora podéis iros a dar una vuelta…

—¿Hasta Lima? ¿Sí, señor Parrish? —Brillaron los ojos de Hardy.

—Bueno, no sé… Sí. ¿Por qué no? Pero espero que estéis aquí esta noche. Son las… La una menos diez. Quiero que estéis de vuelta hacia las diez. ¿Vale?

—Vale… —rió «Pudding», agitando su barrigota—. En nueve horas podemos divertirnos como bestias. Iré a cambiarme.

—Recoged vosotros vuestras cosas también —dijo Parrish.

Los tres hombres se precipitaron hacia las cabinas: Parecían muy contentos, y Brigitte pensó que eso podía considerarse natural si se tenía en cuenta que, en todo momento, uno de ellos había tenido que montar guardia en el yate, lo cual se desprendía de las explicaciones que Simón le había dado. Parecían… como niños en día de fiesta.

Todo demasiado alegre, demasiado simpático. Y una espía experimentada como ella tenía que llegar, forzosamente, a esta conclusión: si se alejaban del yate, si Parrish les daba permiso, era porque así les convenía a ellos, a los cuatro. No era en absoluto probable que aquella actitud festiva fuese simplemente eso: unas horas de fiesta. Algo estaban tramando… Y de pronto tuvo la sensación, parecida a la que debía de sentir Simón, de que ella era un ratoncito que se estaba metiendo en la trampa del modo más tonto e inocente.

Maxwell Parrish tenía una pistola en su caja fuerte del yate… Pero ¿así de fácil y sencillo? ¿Así de burdo? No… Seguramente, no. Él no podía ser tan zafio, tan rudo. Sus planes llegaban mucho más allá de la simple eliminación de una agente secreto por el torpe procedimiento de meterle unas cuantas balas en el cuerpo…

—Hace tiempo que están conmigo… —decía Parrish—. Al principio me pareció que «Pudding» estaba demasiado gordo, que Melvin era demasiado serio y que Hardy no tenía personalidad. Pero a todo se acostumbra uno, ¿no cree?

—Desde luego… —sonrió Brigitte—. Es un hermoso yate, señor Parrish.

—Me gusta que todo lo mío sea hermoso.

—Me parece natural. Todo lo feo debería desaparecer de este mundo.

—Usted es muy egoísta… —rió una vez más Parrish—. Eso que dice es tanto como desear que en el mundo sólo quedase una mujer.

—¿Yo? —sonrió Brigitte.

—Ésa es mi opinión.

—Señor Parrish: está usted perdiendo el tiempo si piensa deslumbrarme con su palabrería hasta el punto de convencerme de que demos un paseo en yate los dos solos. Si es por eso que ha enviado a sus marineros a Lima…

—No los he «enviado». Son ellos quienes quieren ir, aprovechando este permiso de unas pocas horas. Respecto a mis intenciones, le aseguro que se está equivocando. Oh… Y otra cosa: tengo una mala noticia para usted, señorita Montfort.

El corazón de Brigitte se paró durante una fracción de segundo. Pero sonrió como si la vida fuese amable, sincera y dichosa.

—¿Una mala noticia? Mmm… ¿Va a llover esta noche?

—No, no… Es sólo que no puedo garantizarle que todas las ostras tengan perla; lo pregunté una a una, pero no quisieron contestarme.

Brigitte se echó a reír y Parrish la tomó de un brazo, llevándola hacia popa. Desde allá se veía la línea azul del horizonte, confundiéndose con la raya del cielo. Era curioso aquel modo de juntarse que tenían el cielo y el mar. Parecía como si nada tuviese principio, ni nada tuviese fin: donde empezaba uno acababa el otro. Y viceversa. Quizás a fin de cuentas, todo se reducía a eso: principio

y fin; fin y principio. Sólo que los hombres jamás sabrían cuál era uno y cuál era otro. Y entonces, ¿por qué tanto jaleo, por qué tantas peleas y ambiciones y…?

—¿En qué está pensando?

—En el mar y en el cielo. Si está unos segundos mirando al horizonte, le parecerá que todo es lo mismo… Es como empezar a correr en una pista circular sin marcas de principio y fin… Por mucho que se corra, jamás se alcanza la meta. Siempre corriendo… para nada.

—Sí… Yo he pensado algo así algunas veces. A lo mejor, el mundo se hizo redondo para eso…

—¿Para qué?

—Para demostramos que por mucho que corramos, por mucho que hagamos, siempre estaremos en un sitio sin importancia determinada; siempre será todo igual, siempre lo mismo… Diferentes flores, o mares, o montañas, o el color de las gentes… Pero siempre el mismo, siempre idéntico, siempre… estúpidamente monótono.

—¿Está usted deprimido, señor Parrish?

—¡No! Con usted no se puede estar…

—Por favor: no sea vulgar. Una mujer no es nada; sólo una cosa más del mundo. Y si el mundo le parece… estúpidamente monótono, no me parece que una mujer mejore mucho las cosas… Parece que ahí salen sus marineros, señor Parrish.

—Lo cual quiere decir que tenemos el campo libre. Vamos abajo: las ostras nos están esperando… Oh: y el vino estará ya fresco, espero.

* * *

El vino estaba fresco. Y las ostras, deliciosas…, a pesar de que en ninguna de ellas apareció la perla esperada.

—Lo lamento… —suspiró Parrish—. Lo lamento sinceramente, Brigitte.

—Bueno… No hay que apurarse demasiado por tan pequeña contrariedad, Max: si las perlas fuesen tan fáciles de encontrar, perderían toda su importancia.

—Tiene usted un carácter formidable. Cualquiera diría que no le

importan las perlas. O que no le gustan.

Brigitte alzó su copa y miró a través del transparente cristal y el no menos transparente vino a Maxwell Parrish.

—Se equivoca: me encantan las perlas. Pero no creo que deba llorar por no tenerlas.

—¿Y por qué no ha de tenerlas?

—Pues porque… —Brigitte parpadeó, confundida—. Perdone… No comprendo, Max.

—Estoy pensando que aunque nosotros no hayamos encontrado ninguna perla, no quiere decir que se hayan terminado.

—¿Me está proponiendo un banquete de ostras hasta que encontremos algunas perlas? —rió la espía.

—No, no. Sólo se me ha ocurrido que hay un medio muy simple, facilísimo, de tener unas cuantas perlas. Hasta formar un magnífico collar, se lo aseguro.

—Oh… ¿Y qué medio es ése?

—Comprar el collar. En Lima hay estupenda joyerías.

—Ah… Sí, supongo que así es. Pero… temo que un collar de perlas no sea tan fácil de adquirir como usted supone.

—¿Cuál es la dificultad?

—El dinero. Soy una periodista de cierto renombre, me gano bien la vida, viajo, disfruto… Pero no suelo comprar collares de perlas con la facilidad que usted Supone.

—Bueno, ya entiendo… De todos modos, el dinero no tiene la misma importancia para todo el mundo. A algunas personas les sobran los suficientes dólares para permitirse… satisfacciones personales. No quiero parecerle fanfarrón, pero yo soy una de esas personas.

—¿Piensa comprarse un collar de perlas? —sonrió Brigitte.

—¿Por qué no? —sonrió también Parrish—. Sólo que para mí sería más satisfacción regalarlo que llevarlo puesto.

Brigitte se quedó mirándolo fijamente, con cierto aire entre ofendido y burlón en sus hermosos ojos azules.

—¿Está usted suponiendo, Max, que suelo aceptar collares de perlas con tanta… facilidad?

—Le aseguro que no supongo nada que pueda ofenderla. Sólo que, puesto que estábamos hablando de perlas…

—Pero no de collares. Dígame una cosa, Max: ¿siempre paga

usted un precio tan alto?

—Por favor… Por favor, Brigitte, no he pretendido…

—Si yo hubiese aceptado todos los collares de perlas a ese precio, tendría un collar que daría un par de veces la vuelta al mundo. Mi aspecto no sería el mismo, desde luego… Pero tendría las perlas… No he venido a Lima en busca de perlas ni de collares, Max.

—Me parece que soy un estúpido que está echando a perder unos maravillosos momentos —musitó sombríamente Parrish—. Pero puedo decir algo en mi descargo, Brigitte.

—Pues dígalo… —sonrió fríamente la espía—. Dígalo, Max, porque la cosa urge. Mucho me temo que si no oigo algo más agradable que lo oído hasta ahora, abandonaré el yate antes de medio minuto. ¿Qué tiene que decir en su descargo?

—Conozco a las mujeres. Y desde el primer momento supe que no era usted de las que suelo… tratar.

—Sin embargo, me ha propuesto regalarme un collar de perlas.

—Eso prueba que soy un patán —refunfuñó Parrish—. Lo siento.

Brigitte se quedó mirándolo de nuevo, con aquel gesto de niña bondadosa que puede comprender y perdonar muchas cosas. De pronto, sonrió amistosamente.

—A veces, mi memoria es pésima… —musitó—. Y si tomase otra copa de vino italiano, seguramente olvidaría lo que hemos estado hablando sobre collares de perlas… ¿Sí?

Alargó la mano, con la copa en ella. Maxwell Parrish suspiró aliviado y escanció más vino en la copa de Brigitte.

—Usted es una mujer excepcional, Brigitte.

—¿Eso cree?

—Estoy seguro. Da la impresión de estar de vuelta de todo, de conocerlo todo. He conocido algunas chicas que casi se ponían a temblar cuando entraban en mi yate. Usted se limita a mirar a su alrededor como quien contempla cada día el mismo cuadro, el mismo despertador, el mismo cuarto de baño.

—¿Diría usted que soy una mujer de mundo?

—¡Desde luego! Una de esas mujeres junto a las cuales los millonarios como yo hacemos un poco el tonto. Y ustedes se divierten, sonríen… Les hacemos gracia.

—Es cierto —admitió Brigitte, riendo—. Usted me hace mucha

gracia, Max. Me resulta simpático. Un poco tonto, desde luego, pero simpático. Lo malo de los millonarios es que sólo tienen una medida para conocer o tratar a las personas: el dólar. Cuando algo no es de su gusto, sacan unos dólares y lo apartan de su lado. Cuando, por el contrario, algo es de su agrado, sacan más dólares y quieren comprarlo. Imagino que jamás se les ha ocurrido que algo de lo que ustedes quieran comprar no esté en venta.

—Comprendo ahora que hay cosas que no están en venta.

—Pero quizá… —sonrió Brigitte— quizá se alquilen, Max.

—¿Se… alquilen?

—Estoy pensando… Bueno, no sé qué tal le parecerá mi idea, pero yo la considero bastante buena: podemos almorzar aquí, a solas, en buena… camaradería. Después, me gustaría llegarme a Lima y dar un paseo por la ciudad, que es una de las pocas que no conozco.

—¿No preferiría un paseo en yate?

—No, porque en el mar no hay joyerías.

—¿Có… cómo…?

—En Lima sí debe de haber joyerías. Quizá si yo viese algunos collares de perlas en los escaparates, llegase a la conclusión de que me gustaría tener uno de ellos…

Maxwell Parrish pareció a punto de atragantarse. En lugar de eso, bebió un largo trago de vino de su copa, y luego se quedó mirando fijamente a Brigitte.

—Estoy dispuesto a ir a Lima y a recorrer todas las joyerías de la ciudad, Brigitte.

* * *

Hacia las dos de la madrugada, Brigitte Montfort entró en su suite, cerró la puerta e inmediatamente se colocó a un lado, sin encender la luz. Se quitó a toda prisa los zapatos, los dejó en el suelo y se dispuso a desplazarse más hacia la izquierda…

—Soy yo… —Oyó el susurro de Simón—. ¿Cómo sabía que había alguien aquí dentro?

—Al dormitorio, Simón.

Recogió los zapatos, fue al dormitorio y encendió la luz. Al volverse, vio a Simón a su lado, apoyado en el quicio de la puerta,

sonriendo.

—Lleva usted un precioso vestido.

—Tuve que venir a cambiarme para ir con Parrish a Lima… Nos hemos divertido mucho.

—Lo celebro. Pero espero que no haya tenido que pagar usted un precio muy alto.

—Todavía no he pagado.

—¿Ni siquiera el collar?

Brigitte sonrió, agitando con un dedito el collar de perlas que lucía en el cuello.

—Por el momento, es un regalo desinteresado, Simón.

—Querrá decir «aparentemente» desinteresado.

—Oh, por supuesto… ¿Qué tabaco fuma usted?

—¿Cómo…? Pues tabaco norteamericano, desde luego…

—Claro. Sin embargo, para otra vez que no quiera que yo sepa de su presencia, fume de mi misma marca. Así, al entrar yo en la suite, y olerlo, creeré que persiste el olor de mis propios cigarrillos. Además, no es inteligente fumar en habitaciones ajenas. Simón.

—Usted es de confianza… —sonrió el espía—. ¿De ese modo tan simple ha sabido que había alguien aquí?

—De modo tan simple. Bien: ¿qué opina de mi collar? Treinta perlas, Simón: cinco mil dólares.

—Es barato, para usted. Opino que Parrish es bastante tacaño… ¿Cuál ha sido el objeto del regalo?

—Complacerme. Maxwell Parrish ha hecho todo lo posible, durante el día, para tenerme muy complacida. Y no ha pedido nada… Absolutamente nada, Simón, de veras…

—Entonces, resulta que ha sido generoso. O quizás está esperando obtener algo muy importante.

—Exacto. Algo mucho más importante que mi simple persona.

—¿Más importante que eso? —ironizó el hombre de la CIA.

—No me engaño a mí misma. Sé que soy muy hermosa y, en circunstancias normales, conseguiría de Parrish mucho más que este collar. Pero no estamos en circunstancias normales… Y él lo sabe.

—¿Cree que se ha dado cuenta…?

—Juraría que sí.

—¿Estoy descubierto?

—Posiblemente. Y no sólo usted, Simón. Temo que yo también

he sido… localizada por Max Parrish. Es un hombre inteligente; Imagino que mi toma de contacto no le convenció demasiado, y desde ese momento ha querido estar bien enterado de mis movimientos.

—Y, naturalmente, el mejor modo de tenerla vigilada es estar a su lado.

—Sin duda.

Simón quedó pensativo, fruncido el ceño. Brigitte se dejó caer en uno de los silloncitos del dormitorio, abrió el bolsito de noche y sacó un cigarrillo. Lo encendió y se quedó mirando amablemente a Simón.

—¿En qué está pensando, Simón?

—No me gusta esto… Maxwell Parrish y los suyos parecen estar muy seguros de su posición.

—Más que nosotros —admitió Brigitte, pensativa—. Pero eso es natural, Simón: ellos lo saben todo y nosotros sólo tenemos conocimiento de una pequeña parte del asunto.

—No puedo dejarla sola en estas condiciones…

—¿Por qué? No soy una principiante. Si pudiese echar un vistazo a mi hoja de servicios, comprendería que no necesito…

—Sé muy bien todo eso. Se me advirtió de su llegada, de sus características físicas y de su gran capacidad para resolverlo todo. Pero todos tenemos un límite.

—El suyo ha llegado: márchese a casa, Simón.

El rubio y atlético espía miró simpáticamente a Brigitte, a pesar de tener fruncido el ceño.

—Usted me cae bien —sonrió—; por lo tanto…

—Por lo tanto, se irá de Perú mañana al mediodía lo más tarde, ya que es el único modo de que, dentro de unos días, podamos vernos en Estados Unidos y tomemos juntos una copa de champán… ¿Tiene algo contra el Dom Perignon 55?

—Nada —sonrió Simón.

—Entonces nos veremos el día veintitrés, en Washington, para celebrar nuestro triunfo.

—Si me voy, el triunfo no será nuestro, sino solamente de usted.

—Cualquier Simón que colabora conmigo, se lleva el cincuenta por ciento de mi éxito. Siempre lo he hecho constar así en mis informes a la CIA. Y usted lo está haciendo muy bien… O así lo

espero, al menos —sonrió—. Apuesto a que sabe algo de los dos personajes que tanto nos interesaron esta mañana. Empecemos por el gimnasta: ¿qué ha averiguado?

—Nada.

—Nada, es muy poco. Un espía siempre averigua algo más. Somos profesionales. Simón. ¿Cómo se hace llamar el gimnasta en Perú?

—Armando Fuentes. Venezolano. Procedente de Caracas. Ocupa la suite treinta y seis, en el piso de encima al de usted.

—¿Contactos?

—Ninguno. Nada. Ese hombre es un águila solitaria, según parece, A pesar de su gran personalidad, sabe pasar por todos los sitios sin llamar la atención. Se mueve en silencio, siempre serio, siempre impávido, siempre como ausente… Y, sin embargo, se ha fijado en mí. ¡Maldita sea, lo estoy echando todo a perder…!

—Cálmese. ¿En qué sentido se ha fijado ese Armando Fuentes en usted?

—Me ha visto. Ya me entiende: quiero decir que me ha mirado, y que ha sabido que yo lo veía y lo miraba a él.

—Ya sé… ¿Cuál ha sido su reacción?

—Ninguna. Absolutamente ninguna. O es un tonto o tiene nervios de lana, que no vibran ni con arco de violín. Es un espía, Baby, se lo aseguro. Y de los buenos. No sé si es ruso, o británico, o francés, o argentino… ¡No lo sé! Pero es un espía. Y está detrás del otro hombre, el de los lentes.

—¿Cómo se llama el de los lentes?

—Ha firmado con el nombre de Boris Gurian en el registro del hotel.

—¿De veras? —Alzó Brigitte las cejas—. ¿Y lleva pasaporte ruso?

—Sí.

—Fantástico… Absolutamente fantástico. ¿Qué más?

—Ocupa la suite cuarenta y dos, en el último piso. Ha llamado por teléfono esta tarde.

—¿Por teléfono? Un momento… ¿A qué hora?

—Las seis.

—Curioso… Y muy revelador, Simón: Maxvell Parrish se disculpó conmigo esta tarde, a las seis en punto, para hacer una

llamada telefónica… Tardó casi diez minutos. Supongo que su llamada coincidió con la de Boris Gurian, y como el otro teléfono estaba ocupado, tuvo que esperar… Lástima que no sepa adónde y a quién llamó.

—Posiblemente a un hombre llamado Kinkaid, en Lurín. Eso, suponiendo que nuestras teorías tengan algo de verdad. Lurín es una localidad peruana situada a unos treinta kilómetros al sur de Lima… O de Callao, claro. Está en la costa.

—Está usted haciendo un buen trabajo, Simón. Bueno de verdad… ¿Cómo ha conseguido saber eso?

—Una cosa es cierta: ese Boris Gurian no es un espía. Puede que sea mucho más inteligente y astuto que nosotros, pero de espía no tiene nada. En estos asuntos, parece tonto absoluto. Apostaría algo a que ni siquiera se le ha ocurrido la posibilidad de que en su suite haya sido colocado un micrófono.

—¿Pudo hacerlo, Simón? —exclamó Brigitte—. ¿De veras?

El agente de la CIA sacó un pequeño dictáfono del bolsillo. Lo colocó en la mesita de noche, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo.

Primero se oyó el «clic» de un teléfono al ser descolgado. Luego la voz de un hombre:

—Quisiera una conferencia, señorita… Con Lurín. Sí, soy el señor Gurian… Ah, magnífico, me recuerda… ¿Tiene el número que le di? Sí, por favor, preciso la conferencia ahora… Gracias.

—Ésa es la voz de Boris Gurian —dijo Simón—. Su español es más que aceptable.

—¿Ha conseguido usted el número de Lurín al que él ha llamado?

—Ha sido imposible…, por el momento. Escuche…

—¿Hola? ¿Kinkaid? Soy Gurian.

—Yo siempre soy puntual. Las seis en punto. Es acerca de nuestro negocio.

—¿…?

—Llevo cinco días esperando. No es que sea demasiado urgente mi regreso, pero…

—Lo siento. No he querido molestarle con mi prisa, pero he pensado que quizá usted ha decidido cancelar la entrega, en cuyo caso, yo resolvería otros negocios en otros lugares.

—Oh, magnífico. Me pareció que había dificultades…

—Bien, bien… En ese caso, seguiré esperando… ¿Cómo?

—Ah, claro… Naturalmente. ¿Mañana por la noche? Estupendo… Quedo a la espera de sus noticias, Kinkaid. Adiós… Adiós.

Clic.

—Eso es todo —dijo Simón.

—Y es mucho. Siempre suponiendo que no estemos perdiendo el tiempo con Boris Gurian.

—No lo creo. Ese hombre ha estado con Parrish dos veces. Parecen conocerse de otras veces, pero no dan la impresión de que sus negocios sean comunes, por lo menos directamente entre ambos. Amables amigos que se encuentran ocasionalmente. Luego está el hombre que mi compañero y yo teníamos identificado en Lima, el que desapareció y volvió al cabo de dos años. Era un agente enemigo, por supuesto. Luego, ese Armando Fuentes, que, sin discusión alguna, es un espía. Maxwell Parrish llama a las seis de la tarde, o sea, la misma hora que Boris Gurian… Yo creo que no podemos pedir más.

—Algo más, ya lo creo que sí, Simón: la dirección de ese hombre llamado Kinkaid, y que reside en Lurín.

—Me ocuparé de eso activamente…

—No. Yo lo haré. Quiero que se marche mañana al mediodía… He conocido a «Pudding», Melvin y Hardy. Si la pelea entre usted y ellos pudiera ser directa, cara a cara, no me preocuparía mucho. Pero ellos son capaces de clavarle una docena de cuchillos… por la espalda, Simón. Usted ha hecho su parte del trabajo. Ha cumplido. Márchese.

—Pues buenas noches —sonrió Simón.

Salió del dormitorio, seguido de Brigitte. Fue ella quien abrió la puerta de la suite, echó un vistazo al pasillo y luego hizo una seña que indicaba camino libre.

—Hasta la vista —dijo Simón.

Brigitte le cogió de una solapa, le hizo inclinarse un poco y le besó breve y dulcemente en los labios.

—Hasta la vista, Simón. Y no lo olvide: hay dos copas de champán esperándonos en Washington el día veintitrés.

Capítulo V

—Buenos días… ¿Has dormido bien? —sonrió Parrish.

—Como un angelito —rió Brigitte—. ¿Y tú?

—No demasiado… —Parrish se sentó junto, a ella, ante la mesita junto a la piscina—. He tenido pesadillas…

Brigitte alzó las cejas, esforzándose en parecer alegre, despreocupada, dedicada solamente a gozar del sol maravilloso, de los reflejos de las límpidas aguas de la piscina, el colorido de los parasoles, de las palmeras, el brillante azul del mar… Ella había llegado a la zona de recreo del hotel antes que Parrish, pero apenas cinco minutos. El mismo grupo de jóvenes del día anterior parecían repetir las mismas escenas, las mismas risas, las mismas bromas…

—¿Pesadillas?

—Unas pesadillas horrorosas. Imagínate: soñaba que te alejabas de mí, por debajo del agua, nadando tan deprisa que no podía alcanzarte. Llevabas el collar y te reías de mí, te burlabas…

—Eso quiere decir que en el fondo temes que me esté burlando de ti, Max.

—¿Y no es cierto?

—¿Qué más has soñado?

—Pues… Yo iba en el *Pacific*, navegando a toda marcha… De pronto, aparecía una ballena y tú…

—¿Yo? ¿Me estás relacionando con una ballena? —rió la espía —. Tendré que volver a mi dieta de pan tostado, jugo de tomate y apio.

Maxwell Parrish se echó a reír, y su mano se posó sobre la de Brigitte, que ensanchó dulcemente su sonrisa y dejó sus ojos fijos en los del pelirrojo simpático.

—Iba a decir que tú ibas montada en la ballena… ¿No es una tontería? Pero allá estabas tú encima de la ballena, dándole órdenes. Y la echabas contra mi yate, que se partía en mil

pedazos…

—Verdaderamente, querido, se pueden soñar cosas mejores. Por ejemplo: un viaje a los Mares del Sur, hibiscos rojos, diminutas bahías azules, una luna enorme, de color amarillo… ¿Has estado en los Mares del Sur?

—Alguna vez. ¿Y tú?

—También. Pero apenas unos días, de pasada hacia Asia. ¿Por qué no sueñas cosas así, Max?

—Tú tienes la culpa. Brigitte, no estoy hablando porque sí… Yo creo que… me he enamorado de ti.

—No me sorprende.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también, querido. Quiero decir que yo también estoy hablando en serio…, no que yo también me he enamorado de ti.

—¿Y no debo tener esperanzas?

Brigitte quedó reflexionando unos segundos, antes de musitar:

—La esperanza es el consuelo de los débiles, Max. Los fuertes no tienen esperanzas, porque no están dispuestos a esperar nada. Lo que quieren, lo toman. Eso es todo.

—¿Te parezco débil?

—Me pareces un hombre considerado y cortés. Supongo que hoy también vas a invitarme al aperitivo, a almorzar, a cenar…

—¿Te parecen demasiadas invitaciones?

—No… No, no. A decir verdad —Brigitte bajó lentamente los párpados—, mi gusto sería… no separarme de ti por más tiempo del imprescindible.

La mano de Parrish apretó la de Brigitte. Su voz brotó un poco ronca.

—¿Cuáles son para ti los momentos… imprescindibles?

—No sé… Algunos. Esos momentos que toda persona necesita para sí mismo, que no puede compartir con nadie: el baño, la lectura de un libro, su afición favorita, la lectura de una carta… Pequeñeces. Y ya que hablamos de baño…, ¿vienes a la piscina?

Ella se puso en pie y él la imitó. Se quedó petrificado cuando Brigitte se quitó el corto albornoz y dejó al descubierto el rojo bikini, que contrastaba exóticamente con su fina piel dorada, tersa y suave, quizá como seda, o como mármol…

—¡Vamos! —rió la espía—. ¡No soy la única mujer que lleve un

bikini rojo, querido!

Echó a correr hacia la piscina, saltó al llegar al borde, y se hundió en las transparentes aguas. Casi pegado a ella, Maxwell Parrish se hundió también. Abrió los ojos bajo el agua y vio aquellas manchas de un azul intenso, y el brillo blanco de los dientes… Brigitte se abrazó a él y le besó en los labios.

Y ya en la superficie ambos, Parrish quiso abrazarla por la cintura…

—Querido, por favor… ¡Que estamos en una piscina llena de gente!

—¿Por qué lo has hecho? —jadeó él.

—No sé… ¿Aceptarías una carrera ida y vuelta de la piscina? Podríamos apostar otro collar de perlas.

—¿Cómo podrás pagarme si soy yo quien gana? —rió él, excitado.

—Pues… Bueno, creo que hay muy pocas maneras en que una mujer pueda pagar un collar de perlas.

—Acepto la carrera —susurró Parrish.

Nadaron los dos hacia un extremo de la piscina, riendo y echándose agua. Se colocaron de espaldas a los mosaicos, se miraron y Brigitte dio el grito de salida:

—¡Ya!

Se empujó con los pies, igual que Parrish, y enseguida empezaron a nadar, con fuerza. Apenas habían dado una docena de brazadas, Brigitte supo que podía ganar tranquilamente al pelirrojo deportista. Evidentemente, la natación no era su fuerte. Pero la espía tenía su propio sistema de hacer las cosas…, de modo que cuando ella terminó la carrera, hacía cinco o seis segundos que Maxwell Parrish la estaba esperando, sonriendo.

—¡Gané! —exclamó—. Pero demonios…, ¡me ha costado lo mío!

—Eres… un tramposo —jadeó la «dulce e inocente» Brigitte—. ¡Te has colocado ante mí, me has echado agua y…!

—¡Descansa! —rió de nuevo Parrish—. Y no busques excusas: ¡has perdido, eso es todo! ¿Quieres la revancha?

—¡No! —se «asustó» graciosamente la espía—. Lo que quiero es un buen vaso de jugo de naranja. ¡Y nunca más haré competiciones contigo!

Poco después, todavía riendo, los dos se sentaban a la mesa. Un

camarero recibió el pedido de ambos y se alejó, sonriendo, porque había presenciado la carrera, y porque aquella damita era lo mejor que había visto en su vida, de hermosa, amable y risueña.

—Bien… —sonrió Parrish—. Parece que estás en deuda conmigo, querida.

—¿Tienes prisa en cobrar?

—No… No tanta que no pueda esperar a que tú decidas… pagar.

—Eres muy amable…

Brigitte continuó sonriendo, a pesar de que, al abrir el bolsito para sacar los cigarrillos, vio la diminuta luz roja encendida en el extremo del cigarrillo piloto de la radio de bolsillo, brillando tenuemente bajo las hebras de tabaco pegadas encima. Su dominio de sí misma era tal que Parrish no notó absolutamente nada.

Ella sacó el cigarrillo, pero cuando lo iba a encender, frunció el ceño y arqueó el busto. Dejó el cigarrillo y recogió el bolsito.

—¿Me perdonas un minuto?

—¿Adónde vas…?

—Al tocador… —señaló los servicios de la zona de recreo.

Dio media vuelta y se alejó, llevándose el bolsito y el albornoz. Llegó a los servicios, entró en uno de los compartimientos, cerró la puerta, sacó la radio, que continuaba con la luz roja encendida, y susurró:

—¿Simón? ¿Ocurre algo?

—Gracias a Dios… —Oyó la crispada voz de Simón—. He localizado al hombre que…

—Simón: a estas horas usted tendría que estar camino del aeropuerto.

—Ya lo sé. Pero escuche primero esto, Baby: he localizado al hombre que ayer estuvo hablando con Boris Gurian, al llamado Kinkaid, en Lurín…

—¡Magnífico! ¡Es usted formidable. Simón!

—Bueno, no sé la dirección exacta… Pero sé el número de teléfono, de modo que con ese dato podemos adelantar mucho… Un momento…

—¡Simón! ¿Qué ocurre, Simón?

Un breve silencio. Luego, de nuevo la voz de Simón, precipitada:

—El número de Lurín al cual llamó Boris Gurian es el 12 65…

—Está bien. Pero márchese ya de Callao. Ahora mismo, Simón…

¿Me está oyendo? Simón, ¿dónde está usted ahora?

Silencio.

—Simón, dígame dónde está… ¿Ha ocurrido algo? ¡Tengo qué volver enseguida junto a Parrish, o tendrá aún más concretos motivos para sospechar de mí…! ¿No me oye, Simón…? ¡Simón!

Brigitte se calló, de pronto, mordiéndose los labios. Estuvo un par de segundos mirando la pequeña radio, como hipnotizada. La guardó de pronto y la metió en el bolsito. Salió y, en el acto, su luminosa sonrisa de muchacha hermosa y feliz apareció en su rostro, a pesar de que sabía que estaba un poco pálida. Contuvo la respiración, apretó los músculos del cuello, de modo que se produjo una gran afluencia súbita de sangre a su rostro; eso sería suficiente para ocultar aquella ligera palidez que tan bien conocía.

De este modo, cuando llegó junto a Parrish, su aspecto no podía ser más normal… Ni más risueño.

—Vuelvo en el acto —rió Brigitte.

Se alejó, corriendo graciosamente, con femeninos saltitos, hacia el ascensor. En pocos segundos se encontró en el piso donde estaba su suite. Entró, metió en el bolsito la pistola de cachas de madreperla y se cambió el bikini rojo por uno listado en negro, amarillo y verde; se puso de nuevo el albornoz, salió al pasillo y descendió un piso. Encontró enseguida la puerta marcada con el número 13, sacó la ganzúa plana que siempre llevaba introducida en una de las cachas de madreperla, y tras un rápido vistazo que la convenció de que nadie había en el pasillo, la introdujo en la cerradura, tanteó durante unos segundos y, de pronto, la movió hacia la derecha. Entró, cerró enseguida la puerta y quedó apoyada de espaldas en ésta.

—¿Simón? —musitó.

La suite estaba casi a oscuras. Las cortinas habían sido corridas, y sólo un leve resplandor permitía una relativa visión. Dio un par de pasos hacia el centro, moviendo la pistola en semicírculo ante ella, mientras los ojos magníficos se movían en todas direcciones…

Nada.

Quietud y silencio.

Descorrió un poco las cortinas del balcón y miró hacia la zona de recreo… Maxwell Parrish continuaba sentado a la mesita, bajo el parasol, fumando… Parecía un poco impaciente.

Pasó al dormitorio. Abrió el armario, la mesita de noche… No había ropas ni equipaje de ninguna clase allí. Entonces…, ¿se había marchado Simón, por fin? Tampoco vio ninguna maleta, o bolsa de viaje… Nada. Evidentemente, Simón había desocupado la suite… Ni siquiera estaba segura de que él la había llamado desde allí. Parecía que era lo más lógico: había visto a la telefonista del hotel poco antes, quizás al pagar la cuenta del hotel, y había conseguido sonsacarle el número de Lurín al cual había llamado Boris Gurian. Luego había subido a su suite, a recoger sus cosas… Eso, aparentemente, pero, en realidad, para poder llamarla desde un sitio seguro. Ésa era la lógica.

Pero ¿dónde estaba Simón, después de cortar de modo tan poco convincente la conversación? ¿Y dónde estaba Boris Gurian aquella mañana?

¿Y dónde estaba el gimnasta hermoso, el hombre que decía llamarse Armando Fuentes? Pero sobre todo: ¿dónde estaba Simón?

Allí, en la suite 13, no, desde luego. La había desocupado, sin contratiempos, al parecer. ¿Quizá la había llamado desde otro sitio?

Regresó a la puerta, la abrió apenas una pulgada… y la cerró velozmente, sobresaltada, al oír un ruido a su derecha, acercándose a la puerta desde un extremo del pasillo, el de los números más altos de aquel piso. Era un ruido como… como de ruedas. Pegó el oído a la puerta y cuando el ruido hubo rebasado la línea de la puerta de la suite 13, abrió cuidadosamente. Por la estrechísima rendija vio la espalda de un hombre… Abrió un poco más… Eran dos hombres, con unos guardapolvos azules y gorras del hotel. Uno de ellos empujaba un carrito en el cual se veía una gran cesta de mimbre color amarillo oscuro, de la cual, por un lado, salía un trozo de sábana… Estaban cambiando la ropa de cama de algunas suites…

Cerró la puerta del todo y pegó el oído a la madera. Oyó el zumbido del montacargas interior. Luego, el chasquido de las puertas… De nuevo el zumbido, que se fue atenuando, hasta dejar de oírse. Esperó unos segundos más, puso la mano en el pomo de la puerta…

El clarísimo sonido de metal contra metal sonó junto a su mano, afuera, en la cerradura. Brigitte notó como una descarga eléctrica. Pero, siempre conservando la sangre fría, se echó velozmente a un

lado, quedando junto a la puerta, cuya cerradura acababa de girar. Quizás era Simón, que podía haber deducido que ella le buscaría allí tras la brusca despedida incompleta… Pero, por si acaso, alzó la mano con la pistola.

La puerta se abrió. Primero unas pocas pulgadas, despacio, silenciosa. Luego, de golpe, hasta formar un ángulo de noventa grados con respecto al dintel. Por la rendija de los goznes se proyectaba la sombra de una persona alta, que no se movía. Permanecía inmóvil en el umbral…

Brigitte giró el cuello, para mirar directamente por la rendija. Sólo pudo ver un jersey negro, un cuello bronceado, musculoso, una oreja, unos cabellos ásperamente ondulados… El hombre dio un paso hacia adelante, de pronto, y Brigitte dejó de ver aquellos detalles. Alzó más la mano, apuntando al extremo de la puerta. Cuando el hombre entrase y cerrase la puerta, quedaría ante su pistola. Pero el hombre parecía una fiera desconfiada.

Brigitte tuvo la impresión de que el visitante estaba «oliendo» algo que no le gustaba…

Inició un desplazamiento frontal, lentamente. Ella le haría entrar, a menos que prefiriese recibir un balazo…

La puerta se abrió, de pronto, violentamente, chocando con fuerza contra Brigitte justo cuando ella se disponía a dar el último paso que la haría aparecer ante el cauteloso visitante. El golpe fue tan fuerte, pero sobre todo tan inesperado, que la alcanzó de lleno, empujándola hacia atrás, arrancando la pistola de su mano… Baby Montfort cayó primero sentada y luego de espaldas, por el lógico impulso. Y siguiendo ese impulso, rodó por el suelo, recuperó su pistolita y se encaró a la puerta, tendida boca abajo en el suelo, jadeando contenidamente, crispada, dispuesta a disparar al menor asomo de peligro…

Pero para entonces la puerta se había cerrado ya… y el hombre no había entrado.

Casi furiosa al comprender que aquel hombre había sido, por lo menos, tan listo como ella, Brigitte se puso en pie de un salto, fue a la puerta y la abrió de un tirón, saliendo rápidamente al pasillo; sabía ya que el visitante prefería, ante todo, que ella no le viera… Pero no importaba, porque estaba segura de su personalidad: un jersey negro, aquel cuello bien musculado, la oreja, tan pegada al

cráneo, el pelo áspero, ondulado, rebelde… Era él gimnasta, el hombre que decía llamarse Armando Fuentes.

En el pasillo no había nadie, pero ella corrió hacia las escaleras y empezó a subirlas de dos en dos, a toda prisa… Armando Fuentes ocupaba la suite 36, de modo que tenía que subir… A menos que hubiese decidido aparecer tan campante en la zona de recreo… Al llegar al segundo piso, Brigitte se dio cuenta de que el ascensor estaba subiendo… Si iba al tercer piso la verían allí, y quizás alguno de los huéspedes del hotel pensase en el hecho de encontrarla allí a pesar de ocupar una suite en el piso segundo. Si se detenía en el segundo piso, ella podía fingir que salía de su suite, y cuando el otro huésped del hotel entrase en su suite, seguiría… No. Para entonces ya nada serviría de nada: Armando Fuentes estaría ya en su suite.

Todo esto lo pensó Baby Montfort en menos de un segundo, ya desplazándose hacia la puerta de su suite, guardada la pistolita en el bolso. Se volvió, de pronto, y caminó con el paso normal de quien no tiene prisa, hacia el ascensor, que se detenía en aquel momento.

Maxwell Parrish salió de él y se quedó mirando a la sorprendida Brigitte.

—Max… ¿Qué haces aquí?

—Venía a buscarte. Me pareció que tardabas demasiado… Bueno, me parece que ya empiezo a hacer tonterías por ti.

—¿Crees que puedes engañarme? —Ella se colgó de su brazo, arrastrándolo humorísticamente hacia el ascensor, de nuevo.

—Se me ocurrió, de pronto, que ya que estabas aquí, podías vestirte para venir al yate. Como ayer, más o menos. Salvo que prefieras estar más tiempo en las piscinas… y menos tiempo conmigo en el yate.

—Oh… ¿También tus hombres tendrán permiso hoy, Max?

—Pues… Me gusta ser amable, con quienes trabajan para mí. Pero si te parece que no debo darles permiso, porque tú prefieras…

—Querido: la soledad de dos personas es lo más maravilloso que hay. Y creo que si tus marineros vuelven a tener permiso, se sentirán muy contentos… Todos nos sentiremos contentos. De acuerdo: voy a cambiarme.

—Ejem…

—Naturalmente que puedes venir, amor… —musitó ella—. Pero

te sentarás en un sillón y te estarás quietecito. De otro modo, no aceptaré tu segunda invitación a bordo del *Pacific*… ¿Está claro?

Capítulo VI

Jerez español, aceitunas sevillanas. Un yate. Un magnífico sol entrando por el ventanal de las cabinas de ese yate. Un cielo azul y un mar en calma.

En el saloncito del yate, Brigitte, rodeando con sus brazos el cuello de Maxwell Parrish, lo estaba besando.

Cuando apartó sus labios de los de él, Parrish musitó:

—Podríamos hacernos a la mar… Y tomar el sol.

—Lo hago a menudo… —sonrió la divina—. Pero temo que tú no eres hombre fácil de conformar, querido. No te basta mirar. Y no quisiera tener que… pelear contigo.

—Me portaré bien —sonrió el pelirrojo.

—Desde luego que sí. Sobre todo porque no pienso acceder a tus caprichos de millonario mimado…

¿No querrías que volviésemos a pasear por Lima esta tarde?

—¿Otro collar?

—No, no… —rió la espía—. Además, soy yo quien te debe algo a ti, por haber perdido la apuesta en la piscina.

Hubo una crispación en el rostro de Parrish. Sus manos se adelantaron, ávidas, pero Brigitte las tomó con las suyas antes de que hubiesen conseguido su objetivo.

—Por favor, Max… Cálmate.

—Supongo… que te has propuesto… volverme loco.

—No seas niño… —Ella le dio un besito ligero en la barbilla—. Si quisiera volverte loco, sé un modo infalible de hacerlo; precisamente, lo que quiero es que te conserves muy cuerdo.

Parrish tragó saliva.

—¿Más… jerez? —ofreció.

—Oh, sí… Gracias. ¿Cuánto tiempo más vas a permanecer en Callao, querido?

—El que tú quieras.

Brigitte tomó la copa de jerez y quedó pensativa.

—Dispongo únicamente de cinco días más de vacaciones… Yo no soy millonaria —sonrió.

—Porque no quieres.

—¿Porque no quiero? Oh, por mi gusto lo sería ahora mismo, Max…

—Pues considérate millonaria… —murmuró él, besándola en un hombro—. Sólo tienes que quedarte conmigo.

—¿Siempre en Callao?

—No… No siempre. ¿Adónde te gustaría ir?

—A ninguna parte en particular. En realidad, conozco casi todo el mundo. Es sólo que… opino que Callao no ofrece tantas maravillas como otros lugares. ¿No te parece?

—Sólo tienes que decir adónde quieres que vayamos. ¿Cuánto ganas en tu periódico?

—El asunto está en discusión… —sonrió la divina—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno… Quizá no sería necesario que dependieras de nadie para ganar el doble…

—De nadie, excepto de ti, ¿no es eso?

—Desde luego.

—Entiendo. ¿Durante cuánto tiempo, Max?

—¿Cómo?

—Pregunto que durante cuánto tiempo estarías dispuesto a pagar a una periodista.

—El tiempo suficiente para que no tuvieras que lamentar nada.

—Eso, en el sentido económico, naturalmente.

—Naturalmente. Pero, además, y aunque no quieras creerlo, estoy enamorado de ti. Te lo juro.

—Eres encantador… —Volvió a besarle ella, mimosamente—. Tendré que pensar en serio en tu oferta, querido. No es mala, pero…

Se oyeron unos golpes arriba, en la doble puerta de las cabinas. Los dos miraron hacia allí e inmediatamente los azules ojos de la espía se desviaron hacia Parrish.

—¿Esperas a alguien?

—No… Y «Pudding» y los demás se fueron hace unos minutos… Iré a ver quién es… No me gusta que la gente suba a mi yate por las

buenas.

Se puso en pie y se dirigió hacia las escalerillas. Brigitte acercó más a ella el bolsito donde llevaba su pistola, ya que no había podido dejarla en la suite, debido a la presencia de Parrish. Oyó la pregunta de éste y le pareció oír la voz de Melvin, uno de los tres marineros del yate. Se puso en pie y se acercó silenciosamente al pie de las escalerillas de madera que llevaban a cubierta. No vio a nadie, desde abajo, de modo que fue subiendo hasta ver a Parrish, en la proa, conversando con Melvin. La cara de éste no expresaba nada, y Parrish estaba de espaldas. No podía oír lo que hablaban, de modo que decidió regresar abajo antes de que Melvin la viese espiándolos…

Pero le habría convenido mucho oír lo que hablaban los dos hombres.

* * *

—¿Y qué pasó? —preguntaba Parrish.

—Pues Roque supo que ese tipo se había interesado por el número del teléfono del señor Kinkaid en Lurín y él, Stanley y Nando subieron a buscarlo, a la suite trece… Usted tenía razón: ese hombre estaba espiándonos, señor Parrish.

—Bien… ¿Qué ha sido de él?

—Nando y Stanley lo sacaron del hotel en una de las cestas de mimbre de la lavandería. Mientras iban a buscarla, Roque estuvo en la suite de usted, con ese rubio de los demonios. Era un tío listo… Roque dice que parecía tener un olfato especial, porque se dio cuenta de que ellos estaban al otro lado de la puerta… Por cierto que Roque consiguió una cosa muy buena. Ese Roque es listo. Kinkaid sabía lo que se hacía al contratarlo…

—¿Qué cosa consiguió Roque?

—Se puso detrás de la puerta de la suite del rubio, con un aparato que puede grabar conversaciones a través de tabiques, incluso… De sus tiempos de espía… Véalo… Y escuche lo que consiguió grabar. Tiene que apretar ese botón, señor Parrish…

Éste obedeció, mientras miraba casi con indiferencia el diminuto magnetófono extrasensible, del cual, en primer lugar, brotó la voz de Brigitte:

—¿Simón? ¿Ocurre algo?

—Gracias a Dios… He localizado al hombre que…

—Simón: a estas horas usted tendría que estar camino del aeropuerto.

—Ya lo sé. Pero escuche primero esto, Baby: he localizado al hombre que ayer estuvo hablando con Boris Gurian, al llamado Kinkaid, en Lurín…

—¡Magnífico! ¡Es usted formidable. Simón!

—Bueno, no sé la dirección exacta… Pero sé el número de teléfono, de modo que con ese dato podemos adelantar mucho… Un momento…

—¡Simón! ¿Qué ocurre, Simón?

Una breve pausa y luego la voz precipitada de Simón:

—El número de Lurín al cual llamó Boris Gurian es el doce sesenta y cinco…

—Está bien. Pero márchese ya de Callao. Ahora mismo, Simón… ¿Me está oyendo? Simón, ¿dónde está usted ahora? (Pausa). Simón, dígame dónde está… ¿Ha ocurrido algo? ¡Tengo que volver enseguida junto a Parrish, o tendrá aún más concretos motivos para sospechar de mí…! ¿No me oye, Simón…? ¡Simón!

Eso fue todo. Maxwell Parrish tenía el ceño hoscamente fruncido. Melvin se quedó con el aparato, tras pararlo.

—Entonces, yo estaba en lo cierto… —musitó Parrish—. Esa chica nos está vigilando. Me está vigilando a mí.

—¿Qué hacemos con ella?

—Lo pensaré. Lástima… Es muy hermosa, encantadora… Podría volverme loco por ella con mucha facilidad. Y es astuta…

—Roque dice que el rubio llamado Simón y esa Brigitte, tienen que ser agentes secretos. Casi seguro de la CIA Él entiende de estas cosas, señor Parrish.

—Ya sé, ya sé… ¿Le han comunicado a Kinkaid estas contrariedades?

—Lo llamaron por teléfono, desde luego.

—¿Y estás seguro que Roque te ha dicho que tendremos que hacerlo todo esta noche?

—Eso dice que le ordenó Kinkaid. Parece que a todos les ha entrado un poco de miedo. Si la CIA lo ha descubierto todo, estamos en grave peligro, señor Parrish.

—Claro… Bien, ocupaos de lo vuestro; yo me encargaré personalmente de Brigitte Montfort.

—¿La va a matar?

—No, no… —sonrió torcidamente Parrish—. No, de momento, al menos. Sería una lástima…

Melvin sonrió aún más torcidamente que Parrish, brillantes sus ojos.

—Entiendo, señor Parrish. Es una buena idea…

—Lo tendré en cuenta —musitó sombríamente Parrish—. Ahora, marchaos a lo vuestro.

—¿Y la chica?

—Ya te he dicho que yo me ocupo de ella. Hasta la noche, Melvin.

—Adiós, señor Parrish…

* * *

Brigitte alzó la mirada y sonrió.

—¿Algún, contratiempo, Max?

Éste se sentó junto a ella, moviendo negativamente la cabeza… Tomó un sorbo de jerez y se echó a la boca una aceituna.

—Al contrario… —Masticó—. Es una noticia que quizá sea de tu agrado… ¿Te gustaría asistir a una fiesta esta noche?

—Según qué clase de fiesta.

—Oh, pues… una fiesta normal, supongo. Habrá música, champán, personas interesantes, una cena… ¿No te gustaría asistir?

Brigitte vaciló un instante. Tenía que decir que sí, naturalmente, pero ella había pensado ya sus planes para aquella noche: por la tarde irían a Lima, regresarían pronto y después de separarse de Parrish, iría a Lurín, en busca del teléfono 12 65 de esa localidad, y, por tanto, del hombre llamado Kinkaid. Además, debía buscar a Simón, porque estaba muy inquieta por él…

—No sé si será de mi agrado una fiesta de esa clase… —musitó—. Suele haber muchas personas.

—No, no… Será más bien íntima. Mi amigo Kinkaid no es persona a la que guste demasiado el bullicio. Pero se ha enterado de que estoy en Callao, y me ha invitado.

El rostro de Brigitte no se alteró al oír el nombre de Kinkaid. Sin

embargo, la certidumbre de que había sido descubierta, puso frío en su espalda. Un frío que desapareció muy pronto, porque el miedo era algo que, si bien comprendía, lo detestaba. Además, Kinkaid era el hombre que ella quería encontrar, de modo que si Parrish, con trampa o sin trampa, la iba a llevar allí, ella tenía que aceptar.

—Bueno… —sonrió dulcemente—, en ese caso… Pero lo paso mejor estando los dos solos, querido.

—Hay tiempo de todo… Procuraremos no volver muy tarde, y de este modo quizá yo me equivoque de… suite. Aunque tengo una idea mucho mejor, querida.

—¿Cuál?

—Bueno… Tengo una casita alquilada cerca de Callao, hacia el sur. No es gran cosa, pero resulta acogedora, íntima… Puesto que vamos a Lurín, que está hacia el sur también, al volver podríamos quedarnos en esa casita… Estaríamos completamente solos… ¿Qué te parece la idea?

—Muy buena —musitó prometedoramente Brigitte.

Parrish la apretó contra él y la besó en el cuello, en los hombros, en la barbilla…

—Podemos irnos ahora mismo a Lima y almorzamos allí. Por la tarde iremos a un cine… Y al salir, te compraré un brazalete…

—¿De brillantes? —exclamó dulcemente Brigitte.

—¿Por qué no, querida?

—¡Oh, Max, eres maravilloso…!

Le echó los brazos al cuello, besándole rápidamente en toda la cara, con besitos menudos, juguetones.

Cuando se detuvo, Parrish se quedó mirándola fijamente, sonriendo de un modo extraño, como sorprendido de sí mismo.

—Insisto en lo mismo, Brigitte: me he enamorado de ti.

—¿Y bien? ¿Acaso eso es algo malo?

—No… No es malo…, Si tú también estuvieses enamorada de mí.

Brigitte pasó sus deditos por los rojos cabellos del millonario, sonriendo como una niñita dulcísima.

—Querido… —musitó—. Te juro que te quiero tanto como tú puedas quererme a mí. Y Brigitte nunca miente.

Capítulo VII

—¿Quién es?

—Soy yo, querida: Max.

Brigitte abrió la puerta de su suite, con expresión asustada.

—¿Ya son las ocho? —exclamó—. Mi reloj debe de funcionar mal…

Parrish entró y se la quedó mirando fijamente. Ella llevaba puestas solamente las prendas íntimas, pero en lo referente a arreglos de tocador estaba perfecta, ya arreglada de aquel modo tan simple: un toque oscuro en los ojos, un leve roce de carmín en los labios y dos gotitas de perfume en las orejitas…

—Eres maravillosa —musitó al fin Parrish.

—Pero poco puntual —se lamentó ella—. Te aseguro que suelo ser puntualísima, pero mi reloj…

—Tu reloj va bien. Son las ocho menos diez, no las ocho… Pero yo no podía esperar ya más para pasar a buscarte.

—Oh… —Ella sonrió aliviada—. Max, querido…

Le echó los brazos al cuello y lo besó. Pero se apartó rápidamente, antes de que él tuviera tiempo de tomarse la cosa en serio, y se alejó, riendo, hacia el dormitorio. Max fue tras ella, lentamente.

Cuando llegó a la puerta del dormitorio Brigitte estaba poniéndose el vestido de noche. Él se acercó y le pasó la mano por un hombro, despacio…

—Por favor, querido… Tengo que estar lista a las ocho en punto.

—No hay ninguna prisa…

—Me gusta estar lista a la hora convenida. Es una norma. Soy… una maniática de la exactitud y la puntualidad. Si salimos de aquí más tarde de las ocho, que sea por tu culpa, no por la mía.

Se apartó de él, se dio unos toquecitos al vestido y fue al tocador, sobre el cual se veían el collar de perlas y el brazalete de

brillantes comprado aquella tarde en Lima por Maxwell Parrish. Ella se puso ambas joyas y se quedó mirando al pelirrojo.

—He conocido hombres con más dinero que tú, Max… —musitó—. Pero no eran tan…

—¿Generosos?

—No, no… No es eso. Todos hubiesen querido ser más generosos que tú, pero… no eran tan…

—¿Simpáticos?

—Tan dulces —rió Brigitte—. ¿Te parece bien que volvamos mañana a Lima, al mismo restaurante, tan íntimo, tan acogedor…? Creo que no podré olvidarlo nunca.

Parrish se limitó a sonreír, como quien se siente complacido… Efectivamente, Brigitte no podría olvidar nunca aquel restaurante de Lima, Porque… porque no iba a tener tiempo de olvidarlo, simplemente.

—Bueno, ya estoy lista… ¿Nos vamos, querido?

Salieron de la suite. Brigitte cerró la puerta, se tomó del brazo de Parrish y ambos caminaron hacia el ascensor. Parrish lo llamó y cuando ya estaba subiendo, Brigitte lanzó un gritito:

—¡Mi bolsito, Max…! ¡Vuelvo enseguida!

Corrió hacia su suite. Entró, cerró la puerta y se deslizó a toda prisa hacia el dormitorio. Abrió el armario, sacó el maletín que contenía la pistola gigante lanzatorpedos y su maletín personal. Escondió el primero debajo de la cama. Abrió el segundo, sacó de allí la pistolita, cortó dos tiras de esparadrapo, se alzó el vestido y enganchó en su muslo la pistola con el esparadrapo. Luego recogió la radio de bolsillo, la boquilla-cerbatana y el encendedor-cámara, metiéndolo todo en el bolsito de noche, que quedó más abultado de lo conveniente, dada su pequeñez. Pero eso no importaba: nadie se fijaría en su bolsito estando ella presente… Y no pensaba dejarlo de la mano en toda la noche. Escondió también el maletín personal bajo la cama y salió de la suite. No había tardado ni siquiera un minuto. O sea, el tiempo que emplearía normalmente una persona en recoger algo de su suite, sin hacer nada más, pero caminando a paso normal. Y ella casi había volado, Parrish la estaba esperando ante el ascensor, ya detenido. La dejó pasar, entró él…

* * *

—¿Qué hora es ya? —susurró Brigitte.

—Las nueve menos diez, más o menos.

—Tenemos que seguir ya hacia la casa de tu amigo Kinkaid, o llegaremos tarde…

Él le dio los últimos besitos en el cuello, mientras ella suspiraba… SÍ: lástima. Lástima que todo fuese mentira. Allí, junto al mar, lleno de manchas de plata, notando la brisa, respirando el inconfundible olor, juntos en el coche, escondidos entre los altos árboles, bajo la luz de la luna…

—Lo que haremos será marcharnos pronto —susurró él—. Creo que ya no podré resistir mucho más la espera, Brigitte.

* * *

El coche se detuvo ante una quinta junto al mar, por fin. Las ventanas se veían iluminadas y llegaba un rumor de voces, muy apagado. Había algunos coches metidos entre unos altos árboles, idénticos a los que se veían bordeando la carretera por la que habían viajado. A la derecha estaba la playa, quizás a unas cien yardas. Y en el agua se veían las luces de los blancos yates, y un par de embarcaciones menores. Sólo había dos yates, y uno de ellos parecía el *Pacific*, propiedad de Maxwell Parrish. El otro, podía ser cualquiera de los que había visto en el embarcadero del hotel, en Callao…

Un hombre abrió la puerta del coche y Brigitte se apeó. Llevaba una chaquetilla-uniforme, de modo que era fácil comprender que formaba parte del servicio de la quinta.

—Gracias —sonrió Brigitte.

Parrish dio la vuelta al coche, la tomó del brazo y se dirigieron hacia la casa. Brigitte había fruncido ligeramente el ceño apenas dar las gracias al criado. Volvió la cabeza, como al descuido, y lo vio ahora de espaldas, caminando para rodear el coche y llevarlo junto a los otros… Y al verlo de espaldas, estuvo a punto de lanzar una exclamación. Lo conocía. Conocía a aquel hombre, era uno de los que, aquella mañana, había visto en el pasillo del hotel, empujando el carrito que llevaba la cesta de mimbre con ropa… Baby Montfort pareció recibir un golpe helado en el corazón. ¡Por Dios…! ¿Cómo había podido despreciar aquel detalle de la cesta…? Simón… El

formidable y buen Simón debía de ir dentro de la cesta cuando ella los vio. Lo habían atrapado, lo habían llevado a la suite 18, que era la de Parrish… Y luego lo habían sacado del hotel por aquel sistema. Sólo una pregunta quedaba por contestar: ¿muerto o vivo?

¿Habían sacado a Simón del hotel estando todavía vivo o ya…?

Se encontró de pronto en el vestíbulo, lleno de luz. Un hombre acudía presurosamente hacia ellos, sonriendo, tendida su mano derecha.

—¡Maxwell! —exclamó—. ¿Cómo te has atrevido a permanecer en Callao sin avisarme? ¡Pero hombre, eso no se hace con un amigo…, que además es un compatriota!

Se saludaron efusivamente. Aquél, sin duda, debía de ser el llamado Kinkaid. Era un hombre alto, recio, de abundante cabellera entrecana, a pesar de que debía de tener cuarenta años muy justos. Sus ojos eran oscuros, grandes, inteligentes. Tenía unas manos enormes, los hombros muy anchos… Un coloso lleno de vitalidad, y que, sin duda, resultaba simpático…

—Te presento a mi amigo Scott… —Estaba sonriendo Parrish—. Scott Kinkaid, también norteamericano, como has oído… Un hombre que tiene predilección por vivir lejos de la patria. Scott: ella es Brigitte Montfort, periodista del Morning News, de Nueva York… La más deliciosa criatura que puedas encontrar en este pérfido mundo.

—Y la más hermosa… —sonrió Kinkaid, tomando la manita de Brigitte—. Es un auténtico placer, señorita Montfort.

—Gracias. Son ustedes muy amables…

—Sólo cuando vale la pena —rió Kinkaid—: en general, los comerciantes resultamos un poco ásperos. Dígame: ¿cómo lo ha conseguido?

—¿El qué? —Parpadeó Brigitte.

—Pues que los amigos podamos ver a Maxwell con una mujer de cabellos negros.

—Oh, no entiendo, señor Kinkaid…

—Es un aguafiestas… —bromeó Parrish—. Supongo que se refiere a que siempre me gustaron las rubias.

—Ah… Bueno, creo que yo no soy rubia. Me parece que eres un hombre muy voluble, Max, querido.

Los dos hombres se echaron a reír.

—Es de sabios variar de opinión… y de gustos —exclamó Parrish—. No sé por qué, pero de pronto las mujeres rubias me parecen de lo más soso y monótono. Incluso feas. ¿No opinas lo mismo, Scott?

—Oh, sí… Bueno, cualquiera que vea a la señorita Montfort tiene que pensar eso de las pobrecitas rubias… Vengan. Les presentaré a algunos amigos. Tú ya conoces a buena parte de ellos, Max.

—Y hasta he visto un par de veces a uno, en Callao. Estamos en el mismo hotel… Me refiero a Boris. ¡Él te ha dicho que yo estaba en Callao!

—Así es…

Brigitte vio enseguida a Boris Gurian, cuando entraron en el salón de gran ventanal orientado hacia la playa. Había una gran araña de cristal en el techo, bonitos cuadros, muebles un poco recargados… No era una instalación moderna la de aquella casa, sino más bien antigua, casi vieja…

Boris Gurian estaba sentado en un incómodo sillón de alto respaldo, con una copa en la mano. Parecía pensativo cuando alzó la cabeza. Pero, al instante, una chispa de sorpresa pasó por sus ojos al ver a Brigitte. Una sorpresa relativa, claramente matizada por un… Sí, por un contenido temor, o preocupación. Sólo un instante, pero suficiente para Brigitte.

Boris Gurian se puso en pie cuando comprendió que caminaban hacia él. Saludó con ligereza a Parrish y aceptó la mano de Brigitte, al serle presentada.

—Pero yo la conozco a usted, señorita Montfort…

—Y yo a usted —rió la espía—: estamos alojados en el mismo hotel en Callao, señor Gurian.

—Oh, sí… ¡Claro! Usted es la muchacha que chocó con Maxwell en la piscina…

—Exactamente —volvió a reír Brigitte.

—Él me dejó por usted… —sonrió cortésmente el ruso—. Pero no puedo reprochárselo. Y… mmm… a partir de ahora, yo también tendré que tomar algunos baños en la piscina.

—¡Has llegado tarde! —rió Parrish—. Ella ya no va a chocar con nadie más, Boris.

—Haces igual que en los negocios: quieres siempre lo mejor para

ti —protestó amablemente Gurian. Intentaba mostrarse jovial, pero no lo conseguía lo bastante bien para engañar a Brigitte Montfort.

Parrish y Kinkaid tenían mucho mejores nervios que el ruso. Quizá porque eran ambos más jóvenes y eso les daba una mayor confianza en sus recursos para solventar cualquier dificultad. Además, Boris Gurian estaba inquieto, impaciente, como había quedado demostrado por aquella llamada que había hecho el día anterior a Scott Kinkaid, desde el hotel. Sabía que algo no iba bien, y su capacidad de disimulo era muy pobre.

—No voy a querer lo peor… —sonrió Parrish—. Eso se queda para los tontos. En la vida, querido Boris, hay que desear siempre lo mejor, y no temer que algo nos pueda salir mal por eso.

—Claro… Por cierto, si tenemos que concretar…

—Luego… —cortó con rápida amabilidad Kinkaid—. Hay tiempo de todo. Ahora, tengo que presentar a la señorita Montfort al resto de nuestros amigos. Hablaremos dentro de un rato, Boris.

—Está bien…

Brigitte fue presentada al resto de los invitados. En total eran catorce personas. De éstas, diez de ellas formaban parejas. Los otros cuatro eran hombres solos: Boris Gurian, un mejicano llamado Valdés, un italiano llamado Angelo Pierini y el propio Scott Kinkaid. Los demás tenían una mujer con ellos que, salvo uno, fueron presentando como sus esposas. Esposas que, pese a la avanzada edad de algunos, eran todas jóvenes y bonitas… La mentira estaba latente allí, ante los ojos de Brigitte, pero nadie parecía preocuparse ni poco ni mucho por lo que ella creyese o pensara. Además, estaba claro que, salvo Gurian, Parrish y Kinkaid, los demás no sentían la menor preocupación con respecto a ella. O no sabían nada de los negocios de los tres hombres, o no sabían que ellos la consideraban una… intrusa, un elemento peligroso que había que vigilar.

Había aparecido otro personaje en escena: el segundo hombre que ella había visto en el pasillo del hotel, con guardapolvo azul y la gorra de los servicios de allí. Y luego, brevemente, otro hombre, desconocido, había entrado en la casa poco antes y había estado charlando con Kinkaid, aparte; al volver a salir, la había mirado de reojo fríamente, como quien tiene una gran seguridad en conocer las cosas.

Parrish, Gurian, Kinkaid y el mejicano llamado Valdés, estaban hablando aparte. De cuando en cuando Parrish miraba hacia ella, le sonreía y encogía los hombros, como pidiendo disculpas y dando a entender que en cuanto pudiese se reuniría con ella, que estaba charlando con tres de las seis mujeres, sentadas todas, tomando champán… La conversación era de lo más aburrida, hasta el punto de que Brigitte empezó a buscar el modo de apartarse de ellas.

Boris Gurian le dio la solución. Tras asentir con la cabeza, se apartó de su grupo y se dirigió a la terraza que daba a la playa. Brigitte pidió disculpas con una sonrisa y salió tras él, sin querer mirar hacia Parrish, quien, sin duda, estaba observándola…

—Señor Gurian.

El ruso se volvió, sobresaltado, ya en el borde de la terraza.

—Oh, señorita Montfort…

—Parece que se aburre usted ahí dentro —sonrió la espía—. Lo mismo me ocurre a mí. A usted le aburre hablar de negocios y a mí me aburre conversar de las tontas cosas de las señoras… Su idea de dar un paseo por la playa es buena. ¿Le molesta que vaya con usted?

—Pues… Bueno… No quisiera que Maxwell…

—Oh, vamos, señor Gurian… —rió Brigitte, colgándose de un brazo del ruso—. Max es una persona civilizada: no va a desafiarlo a usted porque paseemos juntos por la orilla del mar.

—Sí… Claro… Pero no voy a pasear, señorita Montfort, sino a recoger algo del yate…

—¿Del yate de Max?

—No, no… Del mío…

—¿Tiene usted un yate también?

—Sí… Sí, sí. Con permiso…

—Pero usted no ha venido en el yate.

—No.

—Tampoco Max… Y, sin embargo, los dos yates están en la playa, aquí mismo, delante de nosotros.

—Bueno… Nunca se sabe cuándo podemos necesitarlos…

—Claro… —sonrió Brigitte—. Me encantará conocer su yate, señor Gurian.

—¿Conocer mi…? Es igual que el de Maxwell, simplemente.

—Algo distinto tendrá… Señor Gurian: tengo la impresión de

que no le resulta grata mi compañía. Si es así, dígalo con toda franqueza. No quisiera molestarle.

—No, no es eso… —El ruso estaba cada vez más nervioso—. No es eso, se lo aseguro.

—Entonces, vamos para allá —sonrió Brigitte.

Sin soltar el brazo de Boris Gurian, empezó a caminar hacia la playa. Tenía la impresión de que llevaba a rastras al ruso, y casi esperaba que éste se desasiese bruscamente de un momento a otro, y, perdida la cortesía, la enviase al demonio… Pero el ruso tenía mucho aguante, y todo lo que hizo fue detenerse al llegar junto al espeso macizo de arbustos de grandes hojas.

—Será mejor que vaya más tarde al yate…

Brigitte sonreía irónicamente. Desde luego, no tenía ante ella a un luchador, sino a un hombre que parecía asustado, temeroso. Era, sin duda, el punto débil de la organización a la cual pertenecían Kinkaid y Parrish…

Y de pronto lo vio. El gimnasta, el hombre que se hacía llamar Armando Fuentes. Estaba a menos de cinco pies de ella, a espaldas de Boris Gurian, metido en aquellos espesos arbustos, mirándola fijamente… Apenas se le podía ver… ¿O quizá lo estaba imaginando?

No, no… El hermoso gimnasta estaba allí, a su alcance. Tenía una pistola en la mano derecha, que descansaba sobre el hombro izquierdo. Vestía completamente de negro y ni siquiera habría vislumbrado su tostado rostro, de no haber sido por el brillo de los ojos al moverlos… La sorpresa fue tal que Brigitte quedó petrificada. Parpadeó cuando la mano izquierda del hombre que ella creía un espía posiblemente ruso, se alzó, cruzándola ante la derecha, y se llevó el dedo índice a los labios… ¿Le pedía silencio?

¿Qué…?

—¡Brigitte…!

—Ahí viene Maxwell… —Casi gritó alegremente Boris Gurian, que no se había percatado de nada—. Y parece que sí va a desafiarme.

El hombre llamado Armando Fuentes había desaparecido completamente en la oscuridad del macizo de arbustos cuando Maxwell Parrish llegó allí, sonriendo.

—¿Ya piensas abandonarme, querida?

—Eres tú quien no me hace caso a mí —protestó risueña Brigitte —. Y como me aburre conversar con mujeres de tan poca imaginación, decidí acompañar al señor Gurian a su yate.

—Tienes razón… —admitió Parrish—. Pero ya no será necesario que te deje sola, creo.

—¿Nos vamos ya a… al hotel?

—Pronto… —sonrió Parrish—. Pronto, querida. Ve a lo tuyo, Boris.

—Sí… Adiós.

El ruso se alejó y Parrish pasó un brazo por los hombros de Brigitte, llevándola hacia la terraza. Allí se cruzaron con el mejicano Valdés, que se despidió alegremente:

—Adiós, Maxwell, hasta otra… Encantado, señorita…

Brigitte sonrió apenas. El mejicano caminaba presurosamente hacia la playa…

—¿Se va el señor Valdés, Max?

—Sí, sí… Tiene cosas que hacer.

—¿Cosas que hacer? ¿A estas horas?

—Cualquier hora es buena para trabajar —rió Parrish.

Entraron en la casa, donde tres de las parejas se estaban despidiendo ya de los demás y de Kinkaid… Se despidieron de ella también… Casi enseguida se dispuso a partir el italiano Angelo Pierini, a una de las lanchas que había en la playa. El hombre que había presentado a la muchacha que le acompañaba como su novia, también tenía una lancha en la playa, y se despidió a su vez… En pocos minutos, y tras oír los motores de los coches, la casa quedó silenciosa… Desde la playa, llegaba el zumbido de los motores de las lanchas y de uno de los yates… Brigitte parpadeó, viendo alejarse el yate de Gurian y las lanchas.

Cuando se volvió hacia el interior del salón, pareció recibir de un modo casi tangible el impacto de las miradas de Kinkaid y Parrish. Unas miradas irónicas, frías, duras. Parrish tenía un cigarrillo en los labios, las manos en los bolsillos y se mecía sobre las puntas de los pies, lentamente, socarronamente. Kinkaid estaba también de pie, junto al bufete, sirviéndose algo de beber… El hombre que antes había mirado fríamente a Brigitte apareció por la puerta interior del salón y se quedó allí, inmóvil, silencioso, mirándola de aquel modo tan hostil… Oyó unas leves pisadas tras

ella y se volvió: uno de los hombres que había visto en el pasillo del hotel estaba en la terraza, también silencioso, mirándola, sin moverse, esperando…

—¿Una copa de champán, señorita Montfort? —ofreció Kinkaid.

Brigitte tenía la sensación de que el corazón se le estaba comprimiendo, convirtiéndose en algo diminuto, pequeñísimo. Pero sonrió tan deliciosamente como siempre.

—Oh, sí… Encantada. ¿Nos iremos pronto, Max?

—No hay prisa —replicó éste, seco.

—Pero…

Kinkaid se acercó y le tendió la copa de champaña, mirándola de un modo casi afectuoso, pero siempre burlón, sonriente.

—Es usted una mujer valiente, señorita Montfort.

—¿Valiente…? No comprendo…

—¿No? Veamos si podemos arreglar eso de alguna manera… Le hizo una seña al hombre de la mirada fría.

—Ponlo en marcha. Roque. Ella tiene, derecho a oírlo todo tan bien como nosotros. Hay que ser justos con las condenas.

El ex espía Roque se adelantó hacia Brigitte, sacando del bolsillo el pequeño magnetófono. Quedó ante la agente Baby, con el aparato en una mano. Apretó el botón y enseguida se oyó al voz de Brigitte:

—¿Simón? ¿Ocurre algo?

—Gracias a Dios… —Se oyó el suspiro de Simón—. He localizado al hombre que…

—Simón: a estas horas usted tendría que estar camino del aeropuerto.

…

…

…

—… ¡Tengo que volver enseguida junto a Parrish, o tendrá aún más concretos motivos para sospechar de mí…! ¿No me oye, Simón? ¡Simón!

El aparato quedó silencioso, por fin. Solamente se oía el sonido neutro de la cinta vacía, deslizándose de una rueda a otra. Los cuatro hombres miraban a Brigitte, quien alzó la copa de champán y bebió un sorbito, haciendo un gracioso mohín.

Luego dijo:

—Felicidades… Pero éste no es un trabajo de aficionados,

señores.

—Desde luego que no. Roque sabe algo de estas cosas.

Brigitte lo miró con elegante desprecio.

—Ya sé… He conocido gente como él. Primero, trabajan para el espionaje de su país. Luego llegan a la conclusión de que es mucho riesgo por no demasiado dinero. Y buscan el modo de trabajar por su cuenta.

—Es una actitud inteligente, ¿no cree? —murmuró Kinkaid—. ¿Cuánto le paga a usted la CIA, señorita Montfort?

—No he admitido que trabaje para la CIA —sonrió de nuevo la divina espía.

—No necesitamos esa confesión suya.

—Ah… Bien, ¿qué más da? Porque, señores, imagino que ustedes no están pensando en hacerme cualquier clase de proposición… Soy una indefensa mujer, pero tengo un carácter muy firme. Y una lealtad hacia mí misma y mis ideas que no se puede comprar con dinero… ni con collares de perlas o brazaletes. Soy absolutamente insobornable, por estúpido que parezca.

—Pero podía haber intentado engañarnos.

—¡Qué tontería…! Ustedes jamás confiarían en mí, ¿no es así? De modo que hagamos algo, señores.

—Lo haremos —asintió Kinkaid, dirigiendo una rápida mirada de nuevo a Roque—. Ella debe de llevar algún arma, Roque: quítasela. Lo primero de todo, el bolsito. La señorita Brigitte no es tan lista como ella cree.

—Eso estoy temiendo —musitó Brigitte.

Se quedó inmóvil, con la copa en la mano, cuando Roque se acercó a ella y le pasó las manos por el cuerpo, sin miramiento o respeto de ninguna clase. Las manos se detuvieron en el muslo izquierdo un instante. Luego alzaron la falda, mostrando las hermosas piernas femeninas. Y en el muslo izquierdo la pistolita pegada a la carne por medio de dos tiras de esparadrapo color rosa.

—Delicioso escondite —susurró Kinkaid—. ¿Y bien, Roque?

Roque asió la culata de la pistola y dio un fuerte tirón que tuvo que lastimar, forzosamente, la delicada piel de la espía. Pero ésta no era, de ninguna manera, «una indefensa mujer», y había soportado dolores mucho más intensos en todo su cuerpo. De modo que, mientras Roque daba el tirón, ella bajaba la mano que sostenía la

copa, llenando la cara de Roque de champán un instante antes de que el borde de cristal se rompiera contra la boca del ex espía, clavando el cristal, que se rompió, contra los labios, la barbilla y la nariz de Roque, el cual saltó hacia atrás, soltando la pistolita, gritando enloquecido, llevándose ambas manos al rostro.

Rápida como una serpiente en pleno ataque, Baby se volvió hacia la terraza, único punto que prometía una posibilidad de escape. Allí estaba Nando, tan sobresaltado que parecía incapaz de encontrar la pistola que escondía en el sobaco. Vio venir hacia él aquella delicada figurita femenina, pero decidió que podía muy bien soportar el choque y, mientras tanto, sacar la pistola por fin.

Error.

Gravísimo error por parte de Nando.

La espía no chocó contra él, sino que lanzó su mano derecha, con los dedos rígidos, hacia adelante; el dedo corazón dio en el pómulo izquierdo de Nando, y resbaló allí, rasgando la piel y la carne con la puntiaguda uña esmaltada; pero el dedo índice se hundió en el ojo derecho, por debajo del párpado inferior… El alarido de Nando superó, en mucho, al proferido por Roque. Perdió la noción de todo, se desorientó, se perdió en su propio dolor, olvidando todo lo demás. Y mientras eso sucedía, Brigitte había aferrado su muñeca derecha, y lo hacía girar de modo que quedase entre ella y Kinkaid y Parrish. Y sin parar, sujetando ahora aquella muñeca, dio una vuelta sobre sí misma, haciendo girar el brazo de Nando… Se oyó un chasquido, el brazo quedó como suelto en el hombro del desdichado y Brigitte lo soltó, dejándolo deslizarse desvanecido hasta el suelo, roto el brazo a la altura del hombro.

Dio la vuelta, saltó los escalones de la terraza… y el australiano Stanley apareció ante ella, pistola en mano, alzándola para golpearla. Brigitte disparó su mano derecha, de canto, en un golpe de lado que acertó de lleno la nariz de Stanley; se oyó el crujido de la ternilla y un chorro de sangre brotó del apéndice nasal del hombre, que retrocedió un par de pasos, tambaleándose… Brigitte no le concedió tregua; saltó hacia él, le golpeó de nuevo con el canto de la mano, en el centro de la oreja, con un golpe tan fuerte que tiró a Stanley de lado, alzando los pies, casi desvanecido, soltando la pistola.

La espía se inclinó velozmente, asió la culata empezando a

volverse…

¡Clock!

El golpe resonó en su cabeza, en todo su cuerpo. Se oscurecieron la luna y las estrellas… La trampa, aunque con dificultades, había funcionado, encerrando a la más peligrosa espía del mundo.

Capítulo VIII

Lo primero que vio al abrir los, ojos fue algo negro y metálico ante ella. Luego se dio cuenta de que había algo molesto en su mejilla derecha; algo rígido, que bajaba desde la cabeza y que alcanzaba también la oreja…

—Es sangre… —dijo la voz de Parrish—. Tuve que golpearte con cierta violencia, querida, porque eres muy peligrosa… Sinceramente, te diré que jamás lo hubiera creído.

Estuvo parpadeando unos segundos, antes de verlo bien. Estaba inclinado sobre ella, mirándola entre furioso y decepcionado. En cuanto a aquellas cosas negras y metálicas, eran, simplemente, máquinas de imprimir. Naturalmente: las máquinas con las cuales se imprimían los bonos falsos de los Estados Unidos…

—¿Dónde estamos, Max? —musitó.

—En la parte falsa de una bodega… Debajo de la quinta de Kinkaid, claro.

—¿Cómo no me habéis matado?

—Querida… —sonrió secamente Parrish—. Todavía no eres un zapato viejo. Antes de desprenderme de ti quisiera probar si… si eres de mi medida. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Estamos solos?

—De momento. Ahora bajarán los demás. Hemos tenido que hacer una cura de urgencia a Nando: lo has dejado tuerto y le has roto un brazo… Le has roto la nariz a Stanley… Has dejado feo para siempre a Roque. Todo esto nos ha ocasionado un cierto retraso en nuestra fuga.

—¿Fuga?

—Por supuesto. Si como creemos, perteneces a la CIA, sería estúpido por nuestra parte permanecer en este lugar. Muerto un agente, la CIA enviaría a otro u otros… Y no pararía hasta liquidar la cuestión de modo favorable a ellos. Encontrarían la quinta. De

modo que ya ves: nos has obligado a un traslado total de hombres y material. Has resultado… excesivamente molesta Baby.

—No puedo decir que lo lamento… ¿Y Simón?

—¿Tu amigo, el otro agente…? Luego lo verás. Te prometo que antes de morir lo verás, querida.

—Eres muy amable al conservarme la vida Max.

—Oh, no… No, no, querida: no es amabilidad. Es que antes de matarte, tú y yo tenemos que completar cierto asunto. Tienes una deuda conmigo, ¿recuerdas? Y la pagarás. Luego, al mar. ¡Es todo tan fácil! Esto… Espero que me entiendas.

—Perfectamente. ¿Adónde iréis ahora con la maquinaria?

—No lo sabemos aún. Pero ya encontraremos un sitio seguro… El negocio merece la pena.

—Un negocio muy peligroso, Max. Tarde o temprano os atraparán. No se puede ir por ahí imprimiendo bonos falsos del Gobierno de USA.

—¿De USA? —rió Parrish—. No somos tan poca cosa, querida… Imprimimos bonos de USA, de Francia, de España, de Rusia, de Brasil… Tenemos unos buenos técnicos, trabajando en Nassau durante todo el año, a fin de conseguir buenos grabados estudiando bonos auténticos de diversos países. Las planchas son enviadas aquí, se imprimen los bonos y luego, gente como Valdés, como Pierini, como Gurian, como yo y como los otros invitados que has conocido, los distribuimos por todo el mundo…

—Pero debéis de tener contactos con esos espías.

—¡Por supuesto! Oh, pero son gente poco importante, de veras… Si Kinkaid y yo fallásemos, todo se iría al demonio. Ellos son… simples intermediarios. Nosotros somos los importantes. Por eso, tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes.

—La CIA os encontrará.

—Sin duda. Igual que ha hecho en esta ocasión. Sólo que… no parece que la CIA sea un enemigo peligroso. Como muestra, aquí estás tú, a nuestra merced. Si envían más agentes, pues… lo sentiré por esos muchachos.

—Estás loco.

—Quizá. Pero cada uno tiene su negocio en esta vida, amor.

—Si salgo con vida de este apuro, Max, encontraré a tus amigos de Nassau: caerán todos, te lo aseguro.

Maxwell Parrish frunció pensativamente el ceño.

—Sí… Te considero lo bastante audaz e inteligente como para liquidar nuestra red si sales con vida de este… apuro. Sólo que no me parece cosa fácil de conseguir, querida. Y… Oh, aquí tenemos a los demás… Contempla el desastre que has organizado.

Roque entraba llevando una gasa con la que se iba limpiando la supuración sanguinolenta de la destrozada boca. Stanley tenía la nariz increíblemente hinchada. En cuanto a Nando, que había sido el peor librado, llevaba un brazo colgando de un pañuelo anudado al cuello y media cabeza vendada, ocultando el ojo que Brigitte le había reventado. Estaba palidísimo y parecía a punto de desvanecerse de un momento a otro…

Scott Kinkaid entró en último lugar y señaló la pared de roca del fondo.

—Abre, Stanley.

Éste apretó un punto de la roca, que se abrió hacia dentro, dejando visible la oscuridad de la noche, y las manchas de luz lunar en el mar, a lo lejos; porque delante mismo de la abertura recién descubierta, se veía la blanca mancha de un yate… El *Pacific*.

Kinkaid se plantó delante de Brigitte, queriendo ser irónico, pero sus palabras eran rabiosamente resentidas.

—Muy bien, bella dama, ya ve lo que nos obliga a hacer: tenemos que abandonar tan conveniente lugar. Va a ser una tarea penosa deslizar las máquinas hasta el yate, bajarlas a las cabinas… Mucho me temo que sentimos una considerable antipatía hacia usted.

Brigitte no contestó. Estaba mirando hacia la abertura, por la cual acababan de aparecer Melvin, «Pudding» y Hardy, que se dedicaron inmediatamente a colocar una especie de raíles de acero que llevaban desde el borde de la abertura a la cubierta del yate. Empezaron a desplazar las máquinas hacia allí, jadeando, colocando bajo ellas barrotes redondos de hierro. Durante más de una hora, todos los allí presentes se dedicaron a aquel duro trabajo.

Por fin, ya vacío de máquinas aquel escondite, Parrish se colocó ante Brigitte.

—En pie, querida: nos vamos al yate. Zarparemos dentro de pocos minutos.

—No podréis llevar esas máquinas en el yate —aseguró Brigitte.

—Ya lo creo que sí. Ten en cuenta que no vamos ahora al nuevo escondite, sino a las islas Galápagos. Dejaremos las máquinas allá, buscaremos calmosamente un lugar adecuado y volveremos a por ellas… No tenemos gran prisa y sí queremos, en cambio, trabajar con todas las seguridades posibles. Ponte en pie y camina hacia la puerta de roca…

Brigitte obedeció; durante aquella hora, había estado pensando en el modo de escapar, pero, por el momento, era imposible. La gran puerta interior de madera estaba cerrada. En cuanto a la abertura que daba al mar, imposible, ya que todos los hombres habían estado allí…

Parrish alzó las manos hacia su cuello. Los dedos se crisparon allí, apretando la delicada y hermosa garganta.

—Debería estrangularte… —musitó con odio—. Debería estrangularte, por lo que querías hacer conmigo. ¿Creías que tratabas con un muñeco, con un bobo?

Brigitte ni siquiera podía contestar. Parrish parecía dispuesto a estrangularla allí mismo, y ella iba notando el principio de la asfixia, cuando, de pronto, la soltó. Dio la vuelta al collar, se lo quitó y luego le quitó el brazalete. Los pasó ambos por un dedo, y los puso ante los ojos enrojecidos de la espía, que respiraba ansiosamente.

—Míralos bien: serán para una rubia…

La golpeó en pleno rostro, inesperadamente, derribándola. Y al verla en el suelo pareció enfurecerse todavía más; le dio un par de puntapiés. Brigitte quedó tendida boca abajo, jadeando entrecortadamente, casi desvanecida. Y la cosa habría llegado más lejos si Melvin no hubiese cogido de un brazo a Parrish.

El pelirrojo se calmó bruscamente.

—Levántala y ayúdala a subir al yate.

—Bien —sonrió Melvin.

La puso en pie con excesiva amabilidad.

Parecía incapaz de sostenerse en pie y Melvin la llevó con él hacia la pasarela que se había tendido sobre los raíles.

—Yo cerraré esto —dijo Kinkaid—. Los demás, id ya al yate.

* * *

La puerta del camarote se abrió y Maxwell Parrish quedó unos segundos en el umbral, mirando cínicamente a Brigitte, que yacía en la litera, atadas las manos a la espalda. Sin decir palabra, Parrish fue hasta ella, la sentó en la litera de un rudo tirón en los cabellos y desató sus manos.

—Querida —dijo entonces—: hay que hacer las cosas con comodidad.

—Asegúrate bien de que después de esto voy a morir, Max… —dijo fríamente Baby—. Asegúrate bien, porque…

Una inesperada bofetada la tiró de nuevo sobre la litera.

—¿Estás amenazándome, arpía? —Se enfureció Parrish—. Pues voy a demostrarte que sí vas a morir. Vas a morir, como todo aquel que quiera molestar nuestro negocio. Así comprenderás que no bromeo.

Le dio un empujón hacia el lado izquierdo del camarote, donde se veía un gran bulto rectangular, cubierto con una manta. La quitó de golpe y quedó al descubierto una gran cesta de mimbre.

La abrió y señaló su contenido.

—¿Crees todavía que podrás escapar?

Brigitte Baby Montfort palideció intensamente. Allá estaba el buen y eficiente Simón, metido en la cesta, tal como ella comprendiera demasiado tarde. Encogido, ensangrentado su pecho y su estómago, con los ojos abiertos, crispada la boca…

El rubio, atlético, guapo y simpático Simón, que no había querido dejarla sola a pesar de saber que él corría tanto o más peligro que ella…

—¡Contesta! —Le tiró de los cabellos Parrish—. ¿Crees que es una broma?

Brigitte se encaró a él, lentamente. Los azules ojos de niña buena se habían congelado, la dulce boca parecía un extraño y maravilloso dibujo de hielo sonrosado.

—Max: te has condenado irremisiblemente a muerte —susurró.

—¡Yo te voy a…!

Maxwell Parrish no debió haber olvidado lo que aquella hermosa mujercita era capaz de hacer sólo con sus manitas. Pero parecía haberlo olvidado, y eso le costó, en principio, recibir un rodillazo en el bajo vientre, y simultáneamente, un tremendo golpe de judo, como un tajo aplicado con un hacha, que partió su nariz y

lo derribó de espaldas. Iba a gritar y a intentar incorporarse, cuando el pie derecho de Brigitte se apoyó en su garganta, desollándola, clavándola contra el suelo. La mano derecha de Parrish apareció, a pesar de todo, armada con la pistola… Pero un puntapié del agudo zapatito de noche acertó de lleno su muñeca, y la pistola saltó hacia la litera.

Con un esfuerzo desesperado, Parrish apartó a Brigitte, y se puso en pie… para recibir un punterazo en pleno estómago, que lo dejó doblado, sin aliento. Una de las delicadas manos de la espía pasó velozmente ante sus ojos, para quitarle el pañuelo de la chaqueta del esmoquin…, que apenas un segundo después, desplegado y tensado en diagonal por dos extremos, pasaba de nuevo ante sus ojos, para incrustarse en su garganta, con una fuerza sorprendente en aquella muñequita de ojos azules.

—Te lo he dicho —oyó Parrish el jadeo de la espía—: te has condenado tú mismo a muerte, irremisiblemente.

El pañuelo se tensaba más y más. Era de seda, capaz de resistir aquella tensión. Parrish se había enderezado por la fuerza del tirón y quiso reaccionar, pero recibió un rodillazo en los riñones y un tirón más cruel del pañuelo. Sus ojos empezaron a nublarse, la cabeza empezó a latir fuertemente, todo comenzó a girar… Cayó de rodillas, congestionado el rostro, con los ojos ya parcialmente desorbitados…

Y la puerta del camarote se abrió en aquel momento.

Brigitte alzó la mirada, sobresaltada, pero sin dejar de apretar. Era lógico que hubiese alguien de vigilancia en la puerta, y ahora quizá no tuviese tiempo de matar a Parrish… Pero en la puerta apareció el gimnasta, el hombre llamado Armando Fuentes, arrastrando a Stanley por el cuello del jersey, ya muerto. Lo tiró a un lado, se llevó un dedo a los labios y sonrió.

—Ssst… Acabe, que nos iremos.

Brigitte salió de su asombro lo bastante para acabar de apretar el pañuelo. Parrish se había tensado, pero, de pronto, se relajó… Brigitte lo dejó caer y le puso una mano sobre el corazón. Estaba muerto.

Se incorporó, y fue hacia la cesta de mimbre.

—Lo siento. Simón —musitó, jadeando—: no puedo llevarte conmigo.

—No pierda más tiempo —dijo Armando Fuentes.

Abrió la puerta. Tenía ya en la mano su pistola, con un corto tubo silenciador. Señaló con la barbilla hacia el pasillo. Salieron los dos…

—¿Sabe nadar? —preguntó Fuentes.

—Sí.

—Pues es el único modo que tenemos de salir de aquí: subir esas escaleras corriendo, salir a cubierta y tirarnos al mar. Están todos arriba, menos estos dos. Yo iré delante, con la pistola. ¿De acuerdo?

—Sí.

Armando Fuentes la obsequió con una extraña pero simpática sonrisa. Se dirigió rápidamente hacia las escaleras, se volvió, vio a Brigitte dispuesta a subir tras él como un rayo y se lanzó escaleras arriba a una velocidad que Brigitte jamás podría conseguir.

Cuando él llegó arriba, Brigitte estaba a poco más de la mitad del tramo, pero aceleró la marcha… Estaba apareciendo en cubierta cuando oyó, hacia proa, el grito de sorpresa de un hombre…

—¡Señor Kinkaid, hay un…! Plop. Plop.

El hombre enmudeció. Ya en cubierta, Brigitte lo vio, a menos de diez pasos, encogido sobre sí mismo, tambaleándose…

—¡Al agua! —gritó Fuentes.

La empujó con una mano, mientras con la otra disparaba hacia popa, obligando a Kinkaid y a los otros que aparecían por aquella parte a esconderse, bajo una finísima lluvia de astillas… Brigitte saltó por encima de la borda, sin detenerse a pensarlo…

* * *

Armando Fuentes la ayudó a llegar a la arena y luego se dejó caer a su lado, jadeando. A lo lejos, en el mar, las luces del yate habían desaparecido.

—Mala suerte… —jadeó—. Les puse un explosivo, pero parece que se pusieron sobre aviso y lo han encontrado… Se nos escapan.

Brigitte tardó casi un minuto en contestar, dedicada exclusivamente a recuperar el aliento. Durante ese minuto, Fuentes permaneció en silencio, esperando, siempre mirándola con aquella extraña sonrisa entre amable y burlona.

—¿Quién… es usted? —preguntó Brigitte, al fin.

—Armando Fuentes, venezolano… ¿No se lo dijo su compañero rubio?

—¿MVD? —preguntó Brigitte.

—¿Cómo dice? —sonrió el hermoso venezolano.

—Oh, no importa quién sea… Gracias.

—De nada… —rió Fuentes—. ¿Qué tal si regresamos a Callao? Tengo un coche cerca de la quinta de ese Kinkaid… Pero tardaremos casi una hora en llegar allá. ¿Dispuesta?

—¿Qué hacía usted en el yate?

—Quería volarlo. Coloqué la carga de plástico, pero cuando iba a salir, el yate se puso en movimiento. Lo colocaron junto a las rocas, como antes el de Boris Gurian, y las lanchas. Recibían los paquetes de bonos por allá, por aquella puerta secreta.

—A usted también se le ha escapado Boris Gurian…

—Oh, no —sonrió Fuentes—. En estos momentos, él y sus amigos ya están a buen recaudo. Esa parte del trabajo está lista, no se preocupe. Lástima que se nos haya escapado el *Pacific*, que lleva toda la maquinaria. Si no me hubiese quedado para ayudarla, ahora ellos habrían volado, porque no se les habría ocurrido buscar esa carga de plástico.

—¿Por qué se quedó a ayudarme?

Armando Fuentes se puso en pie y ayudó a Brigitte.

—Será mejor que vayamos caminando, señorita.

Empezaron a caminar. Brigitte lo miraba de cuando en cuando de reojo, pero tardó casi cinco minutos en insistir:

—¿Por qué me ha ayudado?

—Me es usted simpática.

—¿Tanta molestia por eso? —sonrió Brigitte—. No es frecuente que por simpatía se juegue uno la vida, y que se dedique a destruir lanchas con bonos falsos de diversos países…

—Un momento. Yo no he destruido nada. Solamente me he ocupado de Boris Gurian, porque era el encargado de introducir en Rusia bonos falsos. Si he… asaltado el *Pacific*, ha sido porque sabía que allí estaba la maquinaria, y quería destruirla también. Eso es lo que me importaba. Respecto a los bonos falsos de otros países, ya se arreglará cada país con su problema respectivo. Yo destruyo a Boris y la maquinaria. Eso es todo.

—Entiendo… Pero, por ayudarme a mí, esa maquinaria está

ahora lejos de nosotros.

—Mala suerte.

—¿Le gustaría destruir el *Pacific*, hundirlo con su carga?

—¿Se le ocurre algún medio? —se interesó Fuentes.

—Desde luego.

—Olvídese de colocar una carga en ese yate. Ni siquiera sabemos dónde está.

—Pero yo sé adónde se dirigen —dijo Brigitte, en ruso.

—¿Qué dice? —sonrió Fuentes.

—Oh, vamos, compañero… Usted es ruso. Es evidente, ¿no lo comprende? ¿Qué demonios le cuesta admitirlo? Por mi parte, y si le interesa, le diré que soy de la CIA Cosa que usted ya debía de sospechar, supongo.

—Lo sabía con toda certeza… —dijo Fuentes, en ruso también —. Con toda la certeza del mundo, Baby.

—¿Me conoce?

—Sí.

—Pero… ¿cómo? ¿Dónde nos hemos visto antes?

—En ninguna parte.

—¡No lo comprendo! Usted…

Armando Fuentes hizo un ademán de impaciencia.

—Apretemos el paso y siga hablando de su plan. Tenemos que encontrar pronto ese yate y destruirlo. A los dos nos conviene. A mí, porque hay maquinaria que puede seguir falsificando bonos rusos. A usted, por lo mismo, y porque algunos miles de esos bonos de USA, ya impresos, pueden salir hacia Estados Unidos en cualquier momento… ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Tiene dinero?

—En el hotel, todo el que haga falta.

—Magnífico. Cuando lleguemos al hotel coja ese dinero y vaya al aeropuerto de Callao. Alquile un helicóptero. Si no se lo quieren alquilar, róbelo. Si cuando yo llegue al aeropuerto, usted no está esperándome allí, querrá decir que ha tenido que robar el aparato y marcharse, naturalmente. En tal caso, nos encontraríamos en la Plaza Bellavista, adonde yo llegaría con un coche. Lo recogería, y nos iríamos al lugar donde usted hubiese dejado el helicóptero. ¿Alguna duda?

—Ninguna. Así lo haré, Baby.

—Un último favor, señor Fuentes: ¿de qué me conoce?

—No la conocía personalmente hasta hace dos días.

—¿Personalmente…? ¿Acaso ha visto alguna fotografía mía por la MVD? —Se sobresaltó Brigitte.

—Sólo unos dibujos y una descripción verbal de su persona y sus… facultades. Pero tranquilícese: eso no consta en la MVD, a pesar de que esa descripción la conoce a la perfección uno de los míos. Él fue quien me la describió, hace algo más de un mes… Y me dijo: «Alex: si alguna vez te tropiezas con esta mujer, recuerda que le debo la vida». El hombre que me dijo esto es mi hermano.

—¿Y su hermano me debe la vida…? ¿Quién es él, cómo se llama?

—¿Qué importa eso? Sepa tan sólo que es uno de los agentes secretos rusos que usted salvó de la «Organización Octopus». Tendré que pedirle a mi hermano que me perdone por haberla golpeado con la puerta en la suite de su amigo. Pero, ni estaba seguro de que fuese usted quien me estaba esperando, ni me interesaba el contacto, de momento.

—¿Me ha ayudado por eso? —musitó Brigitte.

—Supongo que su opinión sobre los rusos es diferente —dijo un tanto agrio Armando Fuentes.

—No, no, Alexei… Ustedes no son ni mejores ni peores que nosotros los americanos.

—Gracias.

—Y su actitud amistosa para conmigo me demuestra que, efectivamente, quien siembra bondad, recoge amor. Lástima que en las más de las ocasiones tengamos que ser enemigos.

—Sí… —sonrió Fuentes—. Lástima, Baby.

Capítulo IX

No habían encontrado impedimentos para alquilar un helicóptero y volaban sobre el negro mar manchado de luz lunar, salpicado de miles de estrellas.

Las tres y media de la madrugada. A esa hora, siempre volando hacia el norte, en dirección a las islas Galápagos, habían avistado ya no menos de media docena de embarcaciones, que les habían obligado a descender, para asegurarse de que ninguna de ellas era el yate *Pacific*. No tardaría ni siquiera una hora en salir el sol, y entonces la búsqueda sería mucho más fácil, teniendo en cuenta de que helicóptero poseía una velocidad triple a la del yate, por lo menos. Las horas que inicialmente les habían llevado de ventaja, habían quedado prácticamente anuladas, de modo que el *Pacific* no podía estar muy lejos. Sólo que quizá se había desviado, posiblemente hacia el oeste. Si no lo habían visto a las cinco de la madrugada, los dos espías tendrían que regresar a tierra y radiar a sus respectivos servicios lo sucedido. Y a partir de ese momento, la CIA y la MVD movilizarían sus agentes en las Hawai, y en el Este de Asia. De un modo u otro, era de esperar que el *Pacific* no escaparía.

A menos que tuviese un buen escondite al cual llegasen antes de ser encontrados…

—¿Qué buscaba usted en la suite de mi compañero?

—Nada especial. Le había visto pagando la cuenta del hotel y creí que se había marchado… Quise echar un vistazo.

—¿Esperaba encontrar algo?

Armando Fuentes, el falso venezolano, encogió los hombros.

—A veces se encuentra algo. Aunque me parece que hemos aprendido todos demasiado, y trabajamos sobre seguro.

—No siempre… —musitó Brigitte—. No siempre, Alexei.

—Quería usted mucho a su amigo Simón, según parece.

—Los quiero a todos… A todos los que pelean por algo que vale

la pena. Quizá dentro de unos meses, o unos años, me vea obligada a matarlo a usted, Alexei… Pero, en estos momentos, los dos vamos a pelear por algo bueno… Y, por tanto, le quiero.

El ruso sonrió amablemente.

—Mi hermano tenía razón: usted es una mujer extraordinaria… Y muy sorprendente. Cuando lo de «Octopus», dejó escapar a un montón de espías de otros países. Y hace muy poco, la he visto estrangular con un pañuelo a un compatriota suyo…

—¿Tiene importancia que sea americano, francés o ruso…, o lo que sea, mientras se está dedicando al mal, Alexei?

Las cejas del ruso se habían fruncido.

—No estoy del todo de acuerdo con usted, pero la comprendo. Y… Bueno, en el fondo, quizá tenga razón… —sonrió de pronto—. Siempre aprendo algo en cada uno de mis trabajos. ¿Podremos separarnos como amigos, Baby?

—¿Por qué no?

—Claro… —Parpadeó Fuentes—. ¿Por qué no? Ésa es la pregunta acertada: ¿por qué no ser amigos?

* * *

A las cinco y diez minutos de la mañana, ya el día lleno de sol, y cuando estaban sopesando la conveniencia de buscar al *Pacific* más mar adentro, una mancha blanca apareció, a lo lejos, flotando sobre el mar que ya no era negro, sino azul verdoso, quizá gris.

Armando Fuentes gobernó el helicóptero hacia allí. Y a los diez minutos el *Pacific* fue identificado, navegando directamente, según parecía, hacia las islas Galápagos.

—Han debido de creer que nos ahogamos… —musitó Brigitte—. Y por eso no han cambiado de planes. Yo era la única persona que sabía hacia dónde se dirigían, y han creído que he muerto ahogada.

—Es lo malo de algunos hombres: no saben valorar a sus enemigos. De todos modos, había más de dos millas desde el yate a la playa. Lo normal, en estos casos, es que sobrevengan la fatiga, el frío… Y es el final, entonces.

—Usted solucionó ese problema mío, Alexei. Supongo que estoy en deuda con usted.

—No, no… Nada de eso. Simplemente, la deuda que mi

hermano y yo teníamos con usted ha quedado saldada.

—Entiendo… Bien, vamos a acercarnos al yate. Pase por encima.

—Bien.

Brigitte se volvió en el asiento, cogió su maletín rojo con florecillas azules estampadas y sacó una radio de bolsillo, cuya frecuencia quedó acorde con la del helicóptero, tras un par de pruebas.

—Ahora, Alexei.

—¿Piensa darles una oportunidad?

—Sí.

—Ellos no se la dieron a su amigo Simón.

—Yo no soy como ellos. Pasemos por encima.

Envolvió la radio de bolsillo en un pedazo de saco, y cuando el helicóptero pasó por encima del yate, la tiró. La vio caer en cubierta, y captó el retroceso de los hombres que esperaban en cubierta, armados, protegiéndose de los disparos que, sin duda, esperaban desde el helicóptero.

Pero Brigitte, por el momento, no pensaba disparar. Accionó la radio y empezó a hablar, a gritos, para que los ocupantes del yate oyesen su voz en el aparato y comprendiesen que aquel objeto no era una bomba o algo parecido.

—¡Atención, ocupantes del *Pacific*! Les está hablando Brigitte Montfort, desde el helicóptero. Contesten si reciben mi voz.

La respuesta tardó casi dos minutos en llegar, cuando ya Brigitte había repetido la misma frase cuatro o cinco veces:

—La oímos, señorita Montfort —se oyó la voz de Kinkaid.

—Atienda bien, Kinkaid: vamos a volar ese yate, a menos que usted y sus hombres formen todos en cubierta, tiren todas sus armas al mar y pongan rumbo a la costa. Una vez allí, deberán saltar al mar, y nadar hasta la playa, uno a uno, donde se irán entregando. Voy a repetirlo, por si no…

—No se moleste: la hemos entendido muy bien.

—¿Y qué deciden?

—Váyase al infierno.

—Kinkaid, no lo diré otra vez: tiren sus armas al mar, pongan rumbo a la costa y vayan luego nadando hacia la playa, para entregarse uno a uno. Quiero esa maquinaria. A las buenas o a las malas. Prefiero no hundir el yate, pero lo haré si es necesario.

—¿Con qué? —rió Kinkaid—. ¿Ha traído bombas en el helicóptero? Yo le voy a decir algo ahora, señorita Montfort: nosotros tenemos combustible de reserva suficiente para obligarles a consumir el suyo, de modo que tendrán que dejar de seguirnos… Y ya no nos encontrarán jamás.

—Tiene razón en parte, Kinkaid. Pronto tendremos que volver a tierra. Por eso les concedo solamente un minuto para darme una respuesta definitiva.

—Sobra el minuto. La respuesta es NO.

—No quisiera hundir el yate, Kinkaid. No sólo por la maquinaria y ustedes, sino por mi compañero que ustedes mataron. Siempre que puedo envío a mis amigos a ser enterrados en Estados Unidos. Por eso, quisiera el yate intacto, para llevar a mi amigo a la patria…

—¿Sí? Pues no nos pierda de vista, porque verá algo interesante que le hará comprender cuál es nuestra actitud…

—¡Kinkaid! ¿Qué…?

—Ha dejado la radio en cubierta… —susurró Alexei—. Y está dando órdenes.

El ruso parecía haber comprendido los propósitos de Kinkaid, pero Brigitte palideció cuando, en la siguiente pasada, Kinkaid y sus hombres, que estaban esperando para que Brigitte pudiera verlo bien todo, volcaron la cesta de mimbre, desde la borda, y el cadáver de Simón cayó al mar, de cualquier manera.

Cuando la voz de Kinkaid volvió a oírse, Brigitte todavía estaba pálida, demudado el rostro.

—¿Lo ha visto, señorita Montfort? ¡Comida putrefacta para los tiburones! Y ahora, a menos que tengan otra carga de plástico y se atrevan a venir a bordo, ¡váyanse al infierno! Nosotros nos vamos mar adentro. Ya se cansarán de seguirnos.

—Ha tirado la radio al mar… —musitó Alexei.

—Baje… —dijo roncamente Brigitte—. Descienda, Alexei: a ras del agua. Pero primero retroceda una milla y…

Siguiendo las indicaciones de Brigitte, el espía ruso se alejó del yate una milla; luego, descendiendo, fue acercándose, mirando de reojo los preparativos de Brigitte, que había sacado la pistola gigante del maletín, y la estaba colocando bien asentada en el borde de la portezuela, tras sacar uno de los pequeños torpedos. Quitó el seguro, apuntó al yate, y alzó una mano.

—Cuando la baje, Alexei, gire hacia la izquierda. Inmediatamente, tome altura.

—Bien.

El helicóptero, casi deslizándose sobre el agua, se acercaba a más de cien millas por hora al yate *Pacific*. Y cuando estaba a unas sesenta yardas, la mano de Brigitte bajó de pronto. El helicóptero giró y de la ventanilla brotó un pequeño proyectil, acompañado de un sordo «fuuummmm» con sonido de rebufo de bazooka… Una blanca y pequeña cresta apareció pronto en el agua, deslizándose velozmente hacia un punto del mar al cual todavía no había llegado el *Pacific*. Pero llegó.

Y lo hizo al mismo tiempo que el pequeño torpedo, que alcanzó de lleno la proa. Un volcán de maderas y hierros brotó de la embarcación, que se hundió parcialmente de proa y empezó a girar sobre la popa… Un estallido rojo y negro resonó de pronto en el mar y las llamas aparecieron enseguida.

—Otra pasada, Alexei.

—Ya tiene suficiente con…

—Otra pasada.

—Como quiera. A fin de cuentas, ayudándola yo también estoy cumpliendo con mi misión.

El helicóptero efectuó rápidamente la maniobra, sin alejarse tanto esta vez. Cuando Brigitte disparó el segundo torpedo enano, pero de potencia sorprendente, en realidad no era necesario, porque el *Pacific*, envuelto en llamas, se estaba hundiendo rápidamente. Sufrió una violentísima sacudida, reventó en miles de pedazos, fue engullido por el mar, formando un remolino de espuma con trozos de madera…

—Hay uno que se ha salvado —informó Alexei.

—Ya lo estoy viendo. Es «Pudding».

—¿Bajamos a recogerlo, supongo?

—No. Eso es carne putrefacta para los tiburones, Alexei… Eso sí que es carne putrefacta.

—Se ahogará, lo devorarán los tiburones que a veces llegan hasta aquí…

—¿Y a mí qué me importa?

El ruso asintió con la cabeza. La comprendía muy bien. Lo que hacía era cruel, pero concedía mucha más oportunidad de la que

había tenido el rubio Simón. Si el llamado «Pudding» era capaz de nadar cien millas, se salvaría. Una oportunidad.

Hipotética, por supuesto, ya que nadie podía nadar cien millas en el Pacifico. Y menos, si aparecía alguno de los frecuentes tiburones. Bien… Ellos se lo habían buscado. Sin duda, no ignoraban que si había algo que irritase a Baby era la muerte de un compañero, o el ensañamiento… Quien la hace, la paga.

Se volvió hacia Brigitte al oírla musitar algo.

Y se sorprendió al ver un brillo de contenidas lágrimas en aquellos azules ojos que permanecían fijos en el mar. Y entendió las palabras de Baby:

—Adiós, espía… Siempre te recordaré.

Este es el final

Miky Grogan no podía saberlo, pero llegó al apartamento de la Quinta Avenida en muy mal momento. Peggy quiso decírselo, pero el jefe periodístico de Brigitte Montfort ya estaba harto de que ella se negase a recibirlo en ocasiones, de modo que entró en el salón, mirando a todos lados.

—Ah… Está ahí… He sabido que ha regresado…

Brigitte estaba ante el gran ventanal, mirando las luces de la ciudad. Cuando se volvió hacia Grogan éste casi sintió frío, al ver la mirada impávida, profunda, de aquellos ojos empañados. En un rincón del salón había un gran abeto, pero sin adornos, sin regalos, en contra de la costumbre de Brigitte Montfort. Cerca, la chimenea, cuyos leños encendidos crepitaban confortablemente. Calentaban tanto como la mejor calefacción central, y eran más amables, tenían más vida…

—¿Qué quiere, Miky? —musitó Brigitte.

Grogan parpadeó, mirando estupefacto a Brigitte, que tenía una copa de champán en cada mano.

—Emmm… Bien, Brigitte, usted ha ganado…

—¿Yo?

—Sí… Le pagaremos ciento cincuenta mil al año.

—¿Ha venido por eso?

—Claro. Y parece que usted ya me está esperando bien dispuesta a celebrarlo, con dos bonitas copas de champán…

Adelantó una mano hacia una de las copas, pero Brigitte la retiró vivamente:

—No la toque… —musitó—. No toque esta copa, Miky. Estoy brindando con otra persona.

—Pero… Yo no veo a nadie aquí… Creí…

—Hoy es día veintitrés de diciembre, ¿no es así?

—Sí… Claro…

—Márchese. Ya hablaremos en otra ocasión.

Miky Grogan pareció dispuesto a insistir, pero algo vio en los azules ojos. Dio la vuelta y se marchó. Brigitte se acercó a la chimenea, y estuvo unos segundos contemplando las llamas. De pronto se bebió una copa de champán; luego, sin transición, la otra… Las llamas se reflejaban en las copas… y en las lágrimas de Brigitte Baby Montfort cuando ésta musitó:

—Adiós, espía… Felices… Felices Na… Navidades…

FIN

Notas

[1] *Treasure-Man*: Hombre del Departamento del Tesoro de USA. <<